

estimación. ¿Pues cómo, hermano? ¿Allí te encierras y echas la aldaba tras ti, y aquí buscas estimación de tus obras, fama y loor? ¿Allí lloras porque pecaste, y aquí haces de nuevo por qué llorar? ¿Allí dices que eres tierra, y aquí juras que eres cielo, y que tienes mejor carne y sangre que el otro, siendo todos sarmientos de una cepa, y agua de una fuente, y fruto de una raíz? ¿Blasonas que en la oración aprendes grandes verdades y conocimiento de cosas divinas, y aquí te hallamos lleno de tantas mentiras y ceguedades? Mira en ti, y hallarte has entero, carnal, lleno de tu propio querer, y que en todo te buscas y engrandesces, con grande infamia de los ejercicios espirituales, pues ocupándote exteriormente en ellos, interiormente no te aprovechas por tu misma malicia y engaño.

Por esto andamos, hermano, por abrirte los ojos y que veas, y por despertarte de sueño tan pesado. Por tanto, entrad dentro de vos, y de nuevo comenzad a andar en el camino de la mortificación siempre, curando poco de lo que a vos toca, y mucho de lo que Dios quiere. Y mirad que os oso decir que no tendréis pureza de espíritu, si paráis o ponéis vuestro fin en sus dones, cualesquiera que ellos sean, aunque me los pintéis altos y celestiales, dulcísimos y secretos. Pasad adelante de todo lo que podéis comprender, y de toda criatura, y sólo descansad en aquella voluntad de vuestro incomprendible e infinito Bien; aquella abrazad y amad como quiera que os sucedan las cosas, prósperas o adversas, seguras o de grandes peligros; porque no puede el alma subir a mayor dignidad, ni hacer cosa más ilustre, ni de más honra y grandeza, ni aun de mayor contentamiento, que tener tanta conformidad y amistad con Dios, que quiera una misma cosa con Él.

¡Oh, bendito seas, Dios mío, Criador de todas las cosas y vida de todo lo que es; pues siendo Tú Criador y yo criatura pecadora, Tú ser infinito y nosotros nada y miseria, llegamos a tanta y tan grande participación con tu suma Bondad, que te parecemos en el querer y en el juzgar! Vos, Señor, decís que esto es bueno; lo mismo decimos nosotros. Vos lo queréis, también lo queremos acá. Haos parecido que estemos veinte años en una cruz con sequedades y tentaciones; aceptámoslo de muy buena gana. Que-

réis que seamos testimoniados y abatidos, deshonrados y perseguidos; el mismo voto tenemos, y por vuestro seso nos gobernamos.

Mirad si podemos errar, o nos podía faltar cosa de las que para el cielo importan. De voluntad tan santa como la divina, y querer tan justo, ¿qué mandamiento puede salir que no sea justo, santo y perfecto? Y siendo tan liberal y larga, ¿qué puede pedir al hombre, que no sea para él grande e incomprensible tesoro? ¿Qué camino nos puede enseñar, que no sea de gran seguridad y muy llano? ¿Qué aviso puede dar, que no sea de gran misericordia y profundísima sabiduría; y qué consejo nos puede dar que no sea fidelísimo y cierto, y que nos importe la vida en tomarlo? Siendo esto tan cierto, tan de fe, y tan sin poderse dudar, ¡qué locura es la nuestra, hermano, en segun nuestro querer y apetito, y el cumplimiento de nuestra voluntad, dejando de guiar trás la de Dios, que tanto nos asegura! Azote, castigue, mate o sane, quite devoción o póngala, trátenos como a esclavos o como a hijos, peniténcienos o regálenos, todo es seguro, si hay en nuestras entrañas conformidad con su voluntad y negamiento de la nuestra, que tan perjudicial es, pues no tiene para cosa más habilidad, que para deshacer en nosotros lo que Dios hace, y para borrar de nuestros corazones lo que Dios en ellos con su dedo escribe, y para resistir a su divino querer.

Mirad, hermano mío, si son daños éstos para tenerlos y para huirlos. Buscad, buscad lo que a Dios contenta y a vos descontenta; porque esto es camino cierto, dar en la mortificación de vos mismo. Y si en esto os ejercitáis, no llegaréis a la confesión, contemplación, lección ni oración, y a los otros santos ejercicios, por el gusto que en ellos habéis de hallar y sentir, ni andaréis en las obras de Dios mendigando vuestro propio interés, sino su gloria y cumplimiento de su voluntad. Ni aun en vuestras comuniones os llegaréis por gozar de aquel sabor espiritual, ni para satisfacción de vuestro espiritual deseo, ni a que allí se os dé manjar de paz y quietud, ni por otro propio interés, sino sólo por la honra y gloria de Jesucristo, y porque es su voluntad que por estos medios aprovechéis, no en contentamientos, que hartos os dará en el cielo si le servís, sino en virtudes

y propia mortificación, y en la conformidad de padecer por Él mismo. Este es espíritu seguro y verdadero amor de Dios.

Ocupaos, hermano, vos en lo que aquí se os ha dicho; descuidaos de vuestro propio contentamiento, que Cristo tiene cuidado de ello para darlo o quitarlo cuando convenga, como verdadero médico, que entiende la enfermedad del enfermo, y sabe cuándo le ha de sangrar para darle salud, y cuándo le ha de dar la purga para limpiarle, y el faisán para que le sustente y esfuerce. Si Dios os diere consuelo, recibidlo; mas no lo busquéis vos que os perderéis.

Y advertid que no os digo esto para que algún rústico entienda por ello que quiero decir que son malos los sentimientos de Dios y sus dulzores, los cuales da a los que le sirven y no le ofenden y se mortifican; antes podéis creer que a los tales suele visitar con la mano de su largueza, para que con más fervor y menos pesadumbre anden el camino del cielo. Lo que digo y aviso es que no tengáis grandes ansias en buscarlos y suspirar por ellos, sino por Dios sólo, no parando sino en la conformidad de su voluntad, siguiéndola en todo y deshaciendo vuestro propio querer. Porque no podéis, por mucho que lo procuréis, ofrecer a Jesucristo cosa mejor y más rica, que vuestra propia voluntad; ni podéis tener cosa peor ni que más os dañe; porque es lepra pestilencial que cunde en el hombre interior; y de ella nacen los pecados todos, la ira y la soberbia, etc., y, finalmente, todo lo que enoja a Cristo nuestro Señor. Porque a Dios sólo es reservado tener propia voluntad, la cual a nadie está sujeta, y ha de ser la regla de las demás. Luego cualquiera que usa de propia voluntad, hurta a Dios su corona, pues a sólo Él se debe, y en cuanto en sí es, quiere ser semejante a Dios, y le quita su dignidad y excelencia.

Procurad, pues, hermano, desde hoy no caer jamás en yerro tan grande, porque os perderéis. No curéis de santidades fundadas en vuestro propio amor y contentamiento, sino derribaros totalmente a los pies de Dios, y en buscar conformidad con su querer; y yo salgo por fiador que Él os ponga en el cielo, y os pague los negamientos de vuestra voluntad, porque tiene bien con qué, a osadas.

Y porque no tengo más lugar, y tengo otras ocupa-

ciones y negocios entre las manos, me perdonad la brevedad, recibid mi deseo; pues el vuestro me necesitó a escribir esta doctrina breve; mas si la penetráis, a la verdad es más larga que el vulgo puede entender. Ponedla, señor, por obra, porque de haberla leído no saquéis mayor condenación, no haciéndolo así. Y si alguna cosa no entendiéredes, otro día lo conferiremos de vos a mí. Aunque yo sé cierto que es condición de nuestro buen Padre y Maestro Jesucristo, que aquellos que de veras le buscan, lo que sus entendimientos no entendieren, lo pondrá en sus corazones para que le amen que es el punto de todo el negocio, y el fin de todo lo que vemos y pensamos. Y como estos ya diestros y advertidos a la conformidad de nuestro gran Dios, ni eso ni lo otro nos desalentará para seguirle y amarle, pues le habemos de servir donde, como y de lo que Él quisiere, y no como nosotros quisiéremos, que es negocio que emprenden pocos.

Encomendadme a Dios y pedidle para mí destierro de mi propio parecer, negamiento de mi voluntad, amor de su cruz, y perseverancia en su camino, y olvido de todo lo que no es Él; y así lo haré yo por vos, para que nos veamos en aquel alto reino de su gloria, y gocemos de lo que Jesucristo nos ganó por trabajos y cruz; al cual sea dada la honra y gloria de todo lo que hemos declarado y dicho. Amén.

## 2.—EXPOSICION BREVE DE LAS BIENAVENTURANZAS QUE PREDICÓ EN EL MONTE, CRISTO NUESTRO SEÑOR (Mt., 5) (1)

1. BEATI PAUPERES SPIRITU.—El que fuere tan humilde, que tuviere muy claro conocimiento cómo de sí mismo es nada, y amare con grande amor su propio desprecio, dando de corazón la honra a Dios, éste será *pobre de espíritu*.

2. BEATI MITES.—El que se hallare libre, no sólo del deseo de la venganza, mas aun de la turbación de la ira, dándose suave y afable a los rencillosos sus injuriosos, como si no hubiera sido injuriado, éste será *manso*.

3. BEATI QUI LUGENT.—El que huyere los deleites

(1) Edic. 1618, t. I, pág. 228.

presentes, y tomare el gemido por canto, abrazando los trabajos con mayor afección que los mundanos sus placeres, éste es *lloroso bienaventurado*.

4. BEATI QUI ESSURIUNT.—El que tuviere más grandísima gana del manjar espiritual, que los muy golosos del manjar corporal, éste *ha hambre y sed de justicia*.

5. BEATI MISERICORDES.—El que tuviere los males ajenos por suyos, a semejanza de madre, que está más enferma y llorosa con la enfermedad de su unigénito hijo, que el mismo hijo que padece el mal, éste es el buen *misericordioso*.

6. BEATI MUNDO CORDE.—El que tuviere perfecta limpieza de corazón, la cual es perfecta santidad, a éste le conviene la *sexta palabra*.

7. BEATI PACIFICI.—[Aquel] cuyos movimientos esquivaren tan sosegados, que no se levanten contra la razón, y que la voluntad siga con mucho amor a la de Dios, y después tuviere gran deseo y trabajo por ver esta paz en los otros, a éste le conviene la *séptima palabra*.

8. BEATI QUI PERSECUTIONEM PATIUNTUR.—El que padeciere por defender la virtud, la verdad y justicia, y tuviere gana de padecer hasta dar la vida, a éste le conviene la *octava bienaventuranza*.

El que hubiere cumplido estas palabras ha conseguido la cumbre de la perfección que en esta vida se puede alcanzar.

### 3.—REGLAS DE VIDA PERFECTA

1. *La primera*: Tome este negocio con veras, y ponga en él aquel cuidado y diligencia que en un negocio que mucho le fuese pondría; porque, según sentencia de nuestro Salvador (*Mt.*, 7, 14), *es la puerta angosta, y es menester porfiar para entrar por ella*.

2. *La segunda regla* es que tenga el menos cuidado que puidere de las cosas de esta vida, ordenando su vivienda con los menos impedimentos que puidere; porque, según sentencia de nuestro Salvador (*Lc.*, 8, 14), *el cuidado de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra de Dios* y hácen[la] ser sin fruto; y por eso nos amonestó diciendo (*Lc.*, 21, 34): *Mirad no se embaracen vuestros corazones en el co-*

*mer y embriaguez y cuidados de esta vida.* Y esto es claro, porque no puede tener uno gran cuidado y diligencia en dos cosas; y por eso conviene quitar el uno de estos dos cuidados, y sea el del siglo, que es honra y codicia y deleite, tomando gran cuidado de servir a Dios en todo y por todo, forzándose a contentarse con lo menos que pudiere.

3. *La tercera:* Haga una confesión general de toda su vida con un confesor bueno y discreto, con aquel cuidado y propósito que lo haría estando enfermo y le dijese los médicos que ordenase su ánima porque se quería (1) morir; y ponga tal su conciencia, que le quede testimonio en ella que si Dios lo llevase a la otra vida no le pesaría de ello.

4. *La cuarta:* Tenga de ahí adelante cuidado de enmendar sus costumbres y vida cada día y cada rato, sin descuidarse, mirando qué habla y qué hace, y en lo demás en que entiende. Y cuando se quiera acostar, tómese cuenta de lo que ha hecho aquel día y repréndase de lo que hubiere pecado; de manera que no deje pasar cosa sin castigo, y como si tuviese algún niño hijo de un Rey a cargo, y encomendado para que mirase por él y le castigase lo mal hecho. Y no eche en olvido lo que pensare; mas guárdelo en su memoria, juntando lo de un día con otro, para que cuando vaya a confesar, sepa en breves palabras en lo que ha pecado; y así con arrepentimiento de los descuidos de aquel día, y con propósito de enmienda y confesión, duerma con la paz de nuestro Señor.

5. *La quinta:* Confiese y comulgue las Pascuas y días de fiestas principales, que sean diez o doce veces en el año (2); porque de otra manera el buen propósito que en una confesión cobró, lo habrá olvidado cuando venga a otra; y así siempre trabajará, y cada día, como si no hubiese hecho nada, comenzará de nuevo. Para esto tenga hablado a algún buen confesor para que quiera tener este cuidado de confesar y sea breve; y si es persona recogida y quitada de tráfgos, será la confesión más a menudo, al parecer del confesor discreto.

---

(1) *Se quería:* estaba para.

(2) Por promover esta y mayor frecuencia fué el B. Avila apóstol de la Comunión frecuente. Hoy tenemos aconsejada la Comunión diaria con las condiciones debidas.

6. *La sexta:* Busque algún rato o lugar desocupado cada día, para que lea libros buenos y piense en algún paso de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo y en el artículo de su muerte. Consuélese con Jesucristo, y hable con El en su corazón, teniendo confianza que será piadoso y remediador, y pídale su amistad y gracia con todas sus fuerzas; y cada vez que triste o alegre se sienta recurra a Jesucristo a pedirle consuelo o darle gracias. Lo que leyere no ha de ser para ser sabio, sino para aprovechamiento de su ánima; y estando leyendo tenga el corazón en Dios.

7. *La séptima:* Si no tiene en este mundo trabajo, tome alguno por amor de Jesucristo, que fué trabajado por nos; y si alguno tiene, de cualquier parte que venga, ahora sea espiritual, ahora sea corporal, tómelo por merced de Dios. Y en levantándose ofrézcase a Dios; y todo lo que aquel día le viniere, tómelo de buena gana y con entera confianza, que Dios se lo envía para su remedio y salud.

8. *La octava:* Viva con cuidado de no hacer cosa que no deba contra su prójimo, y mire si le puede ayudar en alguna cosa, como es limosna, darle consuelo, o consejo, o favor, o cualquier otra cosa, hágalo; porque: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt., 5, 7); y: Juicio sin misericordia será hecho a quien no hiciere misericordia (Jac., 2, 13).*

9. *La nona regla.* Conviene que para lo que toca al regimiento (1) de su conciencia toméis por guía y padre alguna persona letrada y experimentada y ejercitada en las cosas de Dios, y no toméis quien no tenga uno sin otro. Y pues tanto en acertar os va con buena guía, debéis con mucha instancia pedir al Señor que os lo encamine; y encaminada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón. No le escondáis cosa buena ni mala; la buena para que la examine y os avise, y la mala para que la corrija. Y cosa de importancia no hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que pondrá en el corazón y lengua de vuestra guía lo que conviene a vuestra salud. Y de esta manera huiréis de dos malos extremos: uno de los que dicen: «No he menester

---

(1) *Regimiento:* régimen, gobierno.. Las ediciones consultadas traen *recogimiento*.

consejo de hombre; Dios me rige y me satisface.» Otros están sujetos al hombre, sin mirar otra cosa sino que es hombre; que les comprende aquella maldición que dice: *Maldito el hombre que confía en el hombre* (*Jerem.*, 17, 5). Sujetaos vos al hombre, y habréis escapado del primer peligro; y no confiéis en saber y fuerzas de hombres, mas en Dios, que os favorecerá y hablará por medio del hombre; y así habréis evitado el segundo peligro. Y tened por cierto que aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro para hallar la voluntad del Señor, como este de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los Santos y tan aprobado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las vidas de los Santos Padres. Y porque pocas veces estos tales varones se hallan, es bueno, sin decir mal de los otros, escoger a quien Dios os encaminare, *uno entre mil* (*Eccli.*, 6, 6), al cual en el nombre de Dios inclinéis vuestra oreja con toda obediencia y humildad.

No resta sino que os alegréis con el estado que el Señor por su sola voluntad os dió, con que tengáis cuidado de ser el que debéis; y así temáis de vuestra flaqueza, que confiéis en el Señor, que acabará en vos lo que ha comenzado; porque así, ni la merced hecha os dé alegría liviana, ni el temor de lo mucho que debéis os derribe; mas entre temor y esperanza caminéis, hasta que el temor se quite en el perfecto amor que en el cielo habrá, y la esperanza cuando (1) tengamos presente y sin temor de perder aquello de quien en ausencia esperamos.

10. No así fácilmente disminuyáis ni añadáis lo que tenéis de costumbre; y antes que lo hagáis encomendadlo mucho a Dios.

11. Cuando llegare a ti alguna persona necesitada, si tú no la pudieres socorrer, a lo menos encamínala a las personas que sabes que la podrán socorrer, y dila alguna palabra de consolación; siquiera: Nuestro Señor os consuele y os remedie por su misericordia.

12. En viniéndote algún deseo, confórmalo con la voluntad de Dios, y habrás descanso.

13. No te acaezca jamás desear ni procurar algún bien por malos medios, ni por muerte ajena. Y esto

---

(1) Cuando: las ediciones consultadas dicen que.

nace de los deseos ahincados; por eso guárdate de estos ahincos, que son peligrosos.

14. Pide a Dios perdón de lo pasado, esperando siempre en su infinita misericordia.

15. Lo presente y lo por venir encomienda mucho a Dios muy atenta y ahincadamente, desechando los temores desaprovechados de las cosas inciertas y congojosos cuidados.

16. En todos tus pensamientos, palabras y obras procura siempre derecha, fiel y verdaderamente la honra de Dios y el cumplimiento de su voluntad.

17. Cuando quisieres hacer alguna cosa, examina primero con diligencia y sin pasión qué te persuade, por qué fin lo quieres hacer, y sácalo bien en limpio, sin engañarte a ti mismo.

18. Mira que no te hagas sordo a la doctrina de Dios, ni al remordimiento de la conciencia, ni vayas contra ella precipitadamente y a cierra ojos; sino déntele un poco en los ímpetus y persuasiones de tu espíritu: *Subditus esto Domino, et ora eum* (Ps., 36, 7).

19. No seas desagradecido, ni tampoco lisonjero. Da a cada uno la honra que se le debe y en ti es. Y guarda, que, ni por prosperidad tuya, ni adversidad suya, jamás se la disminuyas, porque serás causa que te aborrezca; y sé siempre verdadero, y huye la mentira e hipocresía cuanto pudieres.

20. Guárdate de escandalizar y dar mal ejemplo a otro. No quieras parecer singular, y procura, cuanto en ti fuere, que nunca el prójimo quede de ti descontento ni contristado, por pequeño que sea; no piense que lo menosprecias.

21. Nunca deseches a nadie, por abyecto que te parezca. Guárdate de juzgar por las apariencias de fuera en todo lugar y en toda cosa; y guarda cada cosa para su tiempo. Desecha presto la mala sospecha y tentación, y está atento a lo que haces como si fuese lo postrero. Nunca por ti se quebrante la paz tuya ni ajena.

22. Nunca desees más de lo necesario, y eso conclúyelo en lo menos que pudieres: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti simus* (1 Tim., 6, 8).

23. Comúnmente no hables hasta que te pregunten, ni te entremetas donde no te llaman. Sea tu habla graciosa, con gesto sereno y apacible.

24. No te mudes de ligero de lugar y compañía

que tuvieres conocida, con esperanza de lo incierto y no conocido; que por ventura, huyendo de un inconveniente, caerás en muchos mas graves; mas ten firmeza, encomendándolo todo a Dios y buscando su consejo.

25. El bien que pudieres hacer hoy no le dejes para mañana, que cada día trae consigo su tarea.

26. Después que al cuerpo hubieres dado su ración, cortando toda superfluidad, no le creas por más que te persuada y finja flaqueza y necesidad.

27. Cuando el cuerpo fingiere cansancio o regalo o pereza en el trabajo ordinario, entonces te aviva más, y esfuérzate en Dios, diciendo que se haga lo que se ha de hacer.

28. Nunca estés del todo ocioso.

29. Guárdate de porfiar por salir con la tuya.

30. Antes que salgas de tu casa y aun de tu cámara, mira bien dónde vas y qué te mueve.

31. Procura de hablar palabras de que no te hayas de arrepentir.

32. Si alguna persona con ahinco y mucha gana te pidiere que la confieses, confíesala; porque suelen acaecer grandísimos provechos de no rehusar las tales confesiones.

#### 4. — DIEZ DOCUMENTOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL (1)

1. El primero será, que trabaje siempre de acordarse que nuestro Señor Dios, trino en personas y uno en esencia, está en todo lugar y en su corazón, y dondequiera que se hallare; y así trabaje de estar con mucha reverencia, estando presente tan gran Señor; y acordándose de El, tenga en su voluntad un gozo y querer con que esté muy contento y alegre de que este Señor está tan lleno de gloria como nuestra fe nos dice, holgándose de que sea tan rico en su mismo ser. Este consejo dió el Patriarca Tobías a su hijo, en el capítulo IV, diciendo: *Omnibus diebus vitae tuae in mente habeto Deum*. Que esto debían atender los Santos Patriarcas, que se ejercitaban cuando decían: *Vive el Señor, delante de quien estoy* (3 Reg., 17, 1).

(1) De la edic. OBRAS, 1595, pág. 78.

2. El segundo sea, que busque un lugar solo, donde cada mañana, en levantando, se recoja una hora o más, e hincado de rodillas o como mejor se hallare, teniendo presente a nuestro Señor, conforme a lo dicho, conociéndose por pecador e indigno de estar allí, piense un paso de su Pasión con mucho sosiego, pensando por menudo, como si cabe sí le tuviese, lo que pasaba y el amor grande que le tiene. Este consejo es del Apóstol San Pedro, capítulo IV, que dice: *Christo igitur passo...*

3. El tercero sea, que a la noche, del mismo arte se ponga a pensar con mucho sosiego en la muerte, haciendo cuenta que se ve morir, y pensando por menudo la agonía, las tentaciones, el aprieto de la muerte, la cuenta estrecha que se le ha de pedir, el cómo se ha aprovechado de las inspiraciones divinas; cómo enterrarán su cuerpo, y será manjar de gusanos; cómo será su alma juzgada de la más pequeña palabra ociosa, el tormento del infierno, el premio del cielo, gastando una hora en algo de esto. Pida favor a Dios para que pueda tener buena cuenta aquel día temeroso. Este consejo es del Eclesiástico, capítulo 7, que dice: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.*

4. Sea el cuarto, confesar y comulgar a menudo; porque, según dice San Bernardo, la confesión a menudo es medicina ligera, y allende de la gracia de Dios que se da, quédase avergonzado el hombre de confesar muchas veces una misma cosa. Sea el confesor letrado y siervo de Dios, con cuyo consejo recibirá la santísima Comunión; porque de ella dice San Juan Crisóstomo que salimos espantables a los demonios, como leones que echan llamas por la boca; y de ella dice San Bernardo que nos quita totalmente la gana de los pecados mortales y nos disminuye los veniales; de cuya causa quien quisiere aprovechar en la virtud debe frecuentarla.

5. Sea el quinto, que quite los ojos de vidas ajenas, mirando por su propia alma, desechando todo pecado mortal, porque con él ningún bien hay en el alma. Y lo bueno que en otro viere, trabaje de imitarlo; y lo que mal en otro le pareciere, por ser claramente malo, tener lástima del que lo hizo, conociendo que él haría otro tanto si Dios no le tuviese; y así alabe a Dios que le guarda, y pídale misericordia para el otro, do-

liéndose de él como de hermano; porque, según dice San Gregorio, la santidad verdadera tiene compasión de los flacos y pobres, y la falsa indignase contra ellos.

6. Sea el sexto, de San Pablo (*Hebr.*, 12), que *ponga sus ojos en el autor de nuestra salud*, que es Cristo, para tenerle a Él sólo por dechado en lo que hubiere de hacer, teniendo por verdaderos sus mandamientos y consejos en todo tiempo, para que caída ninguna de persona que parezca buena no le escandalice, y luego le haga dejar lo comenzado; sino como hombre ya avisado por nuestro Redentor, que *se han de levantar falsos profetas* antes del juicio, no mudarse de sus buenos ejercicios por cosa que vea, creyendo que cuando alguno cae, no nació aquella caída del recogimiento ni de la oración, sino de su soberbia; y así tomará aviso para humillarse, y no para dejar lo bueno comenzado.

7. Sea el séptimo, que huya de malas compañías como del mismo demonio; porque *su garganta*, según dice David (*Ps.*, 5, 11), es *sepulcro abierto*, de donde no salen sino *palabras malas* que, según dice San Pablo (1 *Cor.*, 15, 33), *corrompen las buenas costumbres*.

8. El octavo será huir con mucho cuidado de murmurar ni hacer mal a nadie; porque dice nuestro Señor por un Profeta (*Zach.*, 2, 8): *El que os tocara, toca a las niñas de mis ojos*. Y si otro murmurare, repréndalo si se espera enmienda; y si no, mostradle la cara triste; porque dice San Bernardo, que duda él de cuál pecará más, quien murmura, o quien oye de buena gana murmurar.

9. El nono sea la caridad con los prójimos, que trabaje por hacer cada día alguna limosna corporal ó espiritual; porque *en esto* dice Cristo (*Jn.*, 13, 35), que *se han de conocer sus discípulos*, en amarse unos a otros; y este amor, dice San Juan, que no sea de palabra, sino de obra: *Filioli, non diligamus verbo* (1 *Jn.*, 3).

10. El décimo y último, en que debe mucho mirar, sea que de tal arte viva bien, que quite sus ojos de sus obras, creyendo que son todas, según dice Isafas (64, 6), *como paños manchados*; y ponga su confianza en las obras y merecimientos de Jesucristo, confiando que es tanto el amor que el Padre Eterno tiene a su Hijo, que por Él le hará misericordia en este mundo, y le dará la gloria en el otro. Amén. Porque dice San

Pedro (*Act.*, 4, 12) que *no hay por otro salud*, sino por Cristo; y así, le debe tomar por medianero en sus oraciones. Este documento y el primero se deben mucho mirar.

## 5.—GRADOS DE HUMILDAD (1)

### A. CINCO GRADOS DE HUMILDAD.

1. El primero es que el hombre, conociendo de verdad su vileza, se menosprecie a sí mismo en la voluntad.

2. Este menosprecio muestre exteriormente en el hábito y en el andar, y en ejercitarse en cosas bajas y despreciadísimas.

3. Cuando es menospreciado de otros, tenga paciencia.

4. Que en este menosprecio se alegre.

5. Que de todo corazón desee ser menospreciado de todos.

### B. OTROS DOCE GRADOS DE HUMILDAD.

1. El primero es el temor de Dios nuestro Señor.

2. El negamiento de la propia voluntad.

3. Obediencia.

4. Paciencia.

5. La confesión de los pecados.

6. Menosprecio de sí mismo.

7. Anteponer los otros a sí, estimándolos en más.

8. No hacer alguna singularidad notable en las cosas exteriores.

9. Callar hasta ser preguntado.

10. No ser fácil para reír.

11. Hablar pocas cosas y buenas.

12. Pretender estado y hábito humilde, etc.

---

(1) Edic. 1618, pág. 50.

## 6.—DIEZ AVISOS

## PARA CAMINAR POR LA VÍA RECTA (1).

1. Todo juicio, no solamente temerario, mas cualquiera pensamiento de falta o pecado de otro, desecharlo luego, volviendo el entendimiento a Dios nuestro Señor, mostrándole la llaga de mi ánima para que la cure.

2. Toda reprehensión, tristeza, afrenta o desabrimiento y trabajo que me viniere, ya que no haya fuerzas para desecharlo, a lo menos sufrirlo con paciencia callando; no mirando a quien me lo dice, sino ver que aquello viene de la mano de nuestro Señor; y así le rogaré por quien me es causa de estos trabajos, y que me dé gracia para sufrirlos por su amor, considerando que sufrirlos con paciencia es señal de nuestra salvación.

3. Toda gracia espiritual, don natural y cualquiera cosa bien hecha, referirla a Dios nuestro Señor, dándole gracias, no atribuyéndome a mí otra cosa sino los pecados, faltas e imperfecciones.

4. Cuando me viniere envidia, así de dones espirituales como naturales y temporales que en algunos hubiere, alzar el corazón a Dios, suplicándole que se los aumente más, y holgándome de su bien y pesarme de su mal.

5. Tener muy fijado en mi ánima, que ninguna cosa debo desear, ni por cosa alguna me he de fatigar sino por la gracia y amor de nuestro Señor, y no ofenderle en cosa alguna, sino agradarle, ahora venga la muerte o la vida, enfermedad o sanidad, tristeza o alegría, honra o deshonor, ser rector o cocinero, aquí o en el cabo del mundo, sólo en cuanto me llegare a Dios nuestro Señor (2).

6. Persuadirme de veras, que mientras viviere nunca me han de faltar trabajos, tristezas, tentaciones, cruz; que ésta es la librea de los siervos de Jesucristo

---

(1) Edic. 1618.

(2) Estos avisos se encuentran en la edic. 1618, a continuación de los que el Maestro dió a D. Diego de Guzmán y al Doctor Loarte, para entrar en la Compañía de Jesús, de donde parece que iban también dirigidos a aquéllos.

nuestro Señor; y así sufrirlo con paciencia, considerando que mis pecados esto y mucho más merecen: *Nam militia est vita hominis super terram; et: Qui perseveraverit usque ad finem, hic salvus erit.*

7. Cualquier pensamiento, palabra u obra de soberbia que me viniere, que soy mejor o más aprovechado, o preferirme en otra cosa cualquiera a otro, desecharla luego como cosa muy aborrecible a Dios nuestro Señor, mostrándole mis pecados y faltas, y pidiéndole remedio. *Quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.*

8. Cuando me vinieren razones, que otros tienen en alguna cosa culpa y yo no, no me excusaré, aunque sea verdad que no la tengo; sino acusarme he, y alabaré a mi hermano; pues cuando me viniere la tal penitencia, reprehensión o trabajo, o entonces no lo he merecido, mis pecados pasados lo han causado; de manera que nunca padeceré inocentemente, y así nunca me excusaré jamás.

9. Acordarme he muchas veces entre día, especialmente cuando hago el examen, de dar gracias a nuestro Señor Jesucristo porque me redimió y me hizo amigo con Dios, y me ganó tantos bienes con su Pasión y trabajos; y luego darlas a nuestro Dios porque me lo dió, y por quien Él es.

10. El fruto de la comunión y de otro cualquier ejercicio espiritual ha de ser adquirir más fuerzas para servir y amar a nuestro Señor con mayores veras, y para resistir a las tentaciones y trabajos con paciencia, y no por gustos y sentimientos; los cuales suelen ser señales de imperfectos, y aun pueden venir del demonio para engañarnos; y así no nos habemos de fatigar mucho por ellos, si nuestro Señor no nos los envía; y teniéndolos, no despreciar a los otros si no los tienen, que será caer en soberbia y presunción, pues aunque otros no los tengan, pueden ser más santos y amigos de Dios.

## 7.—QUINCE AVISOS

PARA QUIEN DESEA SER RELIGIOSO (1).

1. Ten siempre tus pecados presentes, y duélete de ellos cada día.

(1) Edic. 1618, pág. 51.

2. No sientas de ti otra cosa sino ser vilísimo, negligentísimo e indignísimo de toda compañía y aspecto de otros; y así, desesperado de ti, en sola la misericordia de Dios espera.

3. De tal manera has de sentir de los otros, que no solamente no juzgues, mas aun seas tan simple, que ni pienses ni sientas la falta ajena; solamente te ocupa en las tuyas.

4. Con ninguno te muestres airado, ni lo estés, ni tengas mal querer, ni odio, ni tristeza con nadie; mas ten el corazón quieto, pacífico, humilde, y el rostro severo, ornado de vergüenza.

5. Muéstrate pronto y alegre para servir a todos.

6. Absténte perfectamente de las palabras ociosas, de juegos y liviandades, salvo en cosas que la caridad fraterna requiere.

7. Sufre con paciencia las molestias, riñas, vituperios, malas palabras, que de Dios te vienen, para ejercitarte en paciencia; súfrelas con alegría, con deseo, con voluntad resignada, no contradiciendo en tu ánima.

8. Mortifica toda curiosidad de saber, de sentir, de experimentar, y de tener lo que no es necesario; y esto sólo busca con solícitud, como aproveches.

9. Desecha a los principios todo pensamiento que te lleva fuera de Dios.

10. Por ninguna cosa de esta vida seas solícito, si no es para agradar a Dios.

11. No te maravilles de los acaecimientos, y digas por qué es esto así o así; mas todo lo recibe como de la mano de Dios con hacimiento de gracia, esperando sin dudar que Él tiene cuidado de ti y de todos, y que no permitirá que venga otra cosa sino aquello que fuere para mayor bien nuestro, aunque nosotros no lo entendamos.

12. Fuera del manjar común que a todos se da, nada desees ni busques mientras estás sano; y si no lo pudieres comer, da gracias porque te dió ocasion para dejarlo de comer.

13. En cosa que no te toca por necesidad, no te entremetas, *máxime* en defectos de los hermanos o hechos de los oficiales.

14. Ten siempre a los superiores obediencia, reverencia y *amor de puro corazón*, sintiendo bien de ellos; y no consientas que ante ti se diga o haga algo contra ellos, ni contra otro hermano o prójimo.

15. Busca siempre la soledad, así del ánimo como del cuerpo, y nunca estés ocioso; y procura que todas las cosas mundanas te parezcan muy viles.

Con toda diligencia guarda las reglas y constituciones en su lugar, tiempo y modo, y las demás circunstancias necesarias, porque éstas son tus armas; y si no quieres peligrar en la tentación, hazlas guardar.

## DOS PLATICAS A SACERDOTES (1)

### PLÁTICA PRIMERA A LOS CLÉRIGOS DE CÓRDOBA.

Elcgit nos ab omni vivente.

(Véase *Eccli.*, 45, 4.)

No sé otra cosa más eficaz con que a vuestras mercedes persuada lo que les conviene hacer, que con traerles a la memoria el alteza del beneficio que Dios nos ha hecho en llamarnos para el alteza del oficio sacerdotal; pues que habiendo tantos a quien lo pudiera encomendar, *elegit nos ab omni vivente, ut dicit Ecclesiasticus*. Y si elegir sacerdotes entonces era gran beneficio, ¿qué será en el Nuevo Testamento, en el cual los sacerdotes de él somos como sol en comparación de noche, y como verdad en comparación de figura? ¡Oh divina Bondad, que tanto se ha manifestado en levantar hombres a tal alteza, que ponga en las manos de ellos su poder, su honra, su riqueza y su misma Persona! ¿Quién no se tendrá por muy beneficiado de Dios, con ser poderoso en la tierra para hacer descender fuego del cielo? ¿Quién no tendrá en mucho resucitar muertos y alanzar demonios, y lo que más es, sacar hombres del infierno y abrirles el cielo, etc.? (2) *Cotéjese la gran diferencia que hay entre*

(1) Publicáronse por vez primera en Córdoba, 1595. (Vease LA IMPRENTA EN CÓRDOBA, por Valdenebro y Cisneros, n. 29.) Fueron incorporadas a las OBRAS, en la edic. de 1618. Reproducimos la copia del P. Uriarte, S. I., impresa en la edic. Montaña, t. II, pág. 527, corregida conforme al texto que se lee en el mismo tomo, pág. 329.

(2) Estos *etcéteras* muestran que el Beato amplificó en las pláticas lo que leemos en sus minutas.

el sacerdocio del Testamento Viejo y Nuevo; y si la Escritura cuenta por gran beneficio el elegir Dios a uno para aquél, ¿qué será para aquéste?, y particularmente se diga del poder que Dios dió para le consagrar, y cuán presto viene siendo llamado, y que es mayor beneficio que lo que se cuenta de Josué cuando hizo estar quedo el sol, como dice la Escritura, que no hubo día tan largo: *Obediente Domino voci hominis* (Jos., 10, 14). Más gran día es éste, y mayor obediencia; pues allí se quedó el Señor adonde estaba, y aquí toma ser sacramental donde no le tenía.

¿Quién con tanta ligereza obedece a su mayor con cuanto Cristo obedece a sus sacerdotes? De un discípulo se lee *in Vitis Patrum*, que fué llamado de su abad; estaba escribiendo; vino, etc. Mas, mucho más ligeramente obedece Cristo; porque aquél algunos pasos dió, algún tiempo gastó en venir; mas el Señor está en bajo de especie, *in instanti*. ¡Oh gran lección nuestra! ¡Oh admirable ejemplo, del cual, cierto, con mucha razón se puede decir: «*Si ego Dominus et magister* (Jn., 13, 14); y estando glorioso, y en tiempo de ser servido y obedecido de santos y ángeles del cielo, como lo estoy, me abajo yo a obedecer con tanta presteza y tan de buena gana. ¿cuánto más vosotros será razón que me obedezcáis a mí, y a todos por mí?» ¿Quién, después que ha consagrado, no queda atónito, y con profunda humildad no dice al Señor, a semejanza de San Pedro y de San Juan Bautista: *Tú, Señor, vienes a mí?* (Mt., 3.) ¿Qué sacerdote, si profundamente considerase esta admirable obediencia que Cristo le tiene, mayor a menor, Rey a vasallo, Dios a criatura, tendría corazón para no obedecer a nuestro Señor en sus santos mandamientos, y para no perder antes la vida, aun en Cruz, que perder su obediencia? ¿Quién alzaría el cuello contra su mayor? ¿Quién no se abajaría a su igual y menor viendo esto? San Juan se espantó y dijo: *Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad me?* Y aun así podríamos nosotros decir: «Yo, Señor, había de ir a ti y obedecerte, y ¿Tú vienes a mí?» Y respondernos ha lo que a él respondió: *Sine modo; sic enim decet nos implere omnem iustitiam*. Y dice la glosa que *toda humildad, scil.*, humillarse el mayor a su igual y menor. *Sic decet*. ¿Para qué, Señor? Para abajar nuestra soberbia, para que tenga vergüenza parecer el sacerdote soberbio y

desobediente, siendo Dios tan humilde y obediente para con él.

Acordémonos, Padres, cuando alguna cosa se nos hiciese dificultosa en los mandamientos de Dios, de esta obediencia, humildad y amor con que Dios obedece a la voz del hombre en las palabras de la consagración. Allí representamos su sagrada Persona, y decimos las palabras en persona de Él; y aquella honra que antes de encarnar daba a los Angeles, que decían en persona de Dios: *Ego Dominus* (1), ya se ha pasado a los sacerdotes, los cuales dicen: *Ego te absolvo. Hoc est corpus meum: in persona Christi.* ¿Quién contará el alteza de honra adonde nos sube? ¿Cuyo corazón no se regalará, como el de Simeón, tratando a Cristo en sus manos, mirándole con sus ojos y siendo traído de tan lejos, mediante la lengua, ser abrazado y metido dentro de sí en el mismo pecho? Quien quisiere honrar a Cristo, acuérdesse de esta honra que recibe de Él; quien fuera del altar quisiere andar compuesto y con el peso que debe, acuérdesse cuán engrandecido estuvo, y cuán importante negocio trató en el altar. Si el demonio, o la carne, o el mundo le tentare fuera del altar, acuérdesse de cuánpreciado y beneficiado y regalado fué de Dios en el altar, y diga con José (*Gen.*, 39, 9): *¿Cómo puedo hacer este mal y pecar contra el Señor Dios mío?* Libre albedrío tenía, mas considerábase por tan deudor y agradecido a su Señor, que no hallaba cómo ofenderle con su mujer. Y libre albedrío tenemos los sacerdotes; mas si piedras o demonios no somos, viendo que el Señor se ata con nuestras palabras y se deja prender con cadenas de amor de nuestras indignas manos, ni tenemos corazón, ni lengua, ni ojos, ni manos, ni pecho, ni cuerpo para le ofender, porque nos veremos todos enteros consagrados al Señor con el trato y tocamiento del mismo Señor.

Los moros que van a la Meca a ver el zancarrón de Mahoma, se tienen por tan bienaventurados de lo ver, que muchos de ellos se sacan los ojos; porque habiendo visto cosa tan santa con ellos, les parece que le hacen desacato si con los mismos ojos miran otra cosa. ¿Cómo, Rey mío, emplearé mis ojos en mi-

---

(1) En el Pentateuco, y otros libros del Antiguo Testamento.

rar vanamente faz de mujeres, ni otra cosa que sea indecente, pues se emplean en mirarte a Ti, que eres limpieza y hermosura infinita? Con mucha razón, por cierto, mandaste Tú que todos los tuyos *se saquen el ojo que les escandaliza* (Mt., 5, 29); y con mucha más razón nos los debemos sacar los sacerdotes; quiero decir, que los mortifiquemos por el acatamiento que se debe a la vista de tu sagrada Persona. La lengua del sacerdote, llave es con que se cierra el infierno, y se abre el cielo, y se alumbran las conciencias, y consagra a Dios. Si quisiéremos, Padres, pecar con la lengua, pidamos otra lengua prestada, que con ésta, con la cual consagramos a Dios y hacemos tan admirables efectos, en ninguna manera se sufre emplearla en servir al demonio con ella. *Nugae in ore sacerdotis blasphemiae sunt: consecrasti os tuum evangelio; talibus aperire non licet, inquit Bernardus, si nugae blasphemiae sunt.* Mirémonos, Padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hemos hechos semejables a la sagrada Virgen María, que con sus palabras trajo a Dios a su vientre; y semejables al portal de Belén y pesebre donde fué reclinado, y a la Cruz donde murió, y al sepulcro donde fué sepultado. Todas estas cosas, santas son por habérlas Cristo tocado, y de lejas tierras van a las ver, y derraman de devoción muchas lágrimas, y mudan sus vidas, movidos por la gran santidad de aquellos lugares. ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, impassible, como no vino en los otros lugares? Y los sacerdotes le traen con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros lugares, sacando la Virgen. Relicarios somos de Dios, casa de Dios, y a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad. ¿Quién será aquel tan desventurado que, siendo de Dios tanpreciado y honrado, dé consigo en el lodo y hediondo cieno de los pecados?

¡Oh Padres míos! Bienaventurados somos si sabemos conocer y nos queremos aprovechar del gran precio y estima con que somos honrados de Dios. Y ¡ay! ¡ay! ¡ay de nosotros si, siendo tanpreciados de Él, ni nos preciamos a nos, ni lo preciamos a Él! ¡Oh palabra que hiere más que afilada espada, la que dijo el Señor a los sacerdotes pasados, por el Profeta Malachías (1, 6): *Filius honorat patrem, et servus do-*

*minum suum. Si ergo pater ego sum, ¿ubi est honor meus?, et si dominus ego sum, ¿ubi est timor meus? Dicit Dominus exercitum ad vos, o sacerdotes, qui despicitis nomem meum. ¡Que te desprecian, Señor, tus sacerdotes! ¡Los tan privados de Ti, los que te deben tan justamente servicio, los levantados de Ti sobre dignidad de ángeles, siendo Tú honra de ellos, y ellos deshonra de Ti! Nunca cosa tan fea se vió, oyó ni obró. Y si de aquéllos se queja Dios, y con mucha razón, ¿qué hará de nos, que somos más beneficiados que aquéllos, y era razón que escarmentáramos en el castigo de aquéllos? Conozcamos, Padres, que no respondemos al Señor con el precio y honra que era razón; no añadamos pecados sobre pecados, como aquellos respondieron: *In quo despeximus te?* No plega a Dios que sobre nuestros pecados se añada también ceguera de no conocerlos.*

Muy lejos estamos, Padres, de aquella santidad que nuestro oficio demanda, y, si esto no conocemos, ciegos estamos. «Más limpios hemos de ser y resplandecientes—dice Crisóstomo—, que los rayos del sol.» *Luz del mundo y sal de la tierra* (Mt., 5, 13, 14), nos llama Jesucristo. Lo primero, porque el sacerdote es un espejo y una *luz*, en la cual se han de mirar los del pueblo, y viéndola conozcan las tinieblas en que ellos andan, y les remuerda en su corazón, diciendo: «¿Por qué no soy yo bueno como aquel sacerdote?» Y llámanse *sal*, porque han de estar convertidos en un sabrosísimo gusto de Dios; tanto que el que los tocara con la habla y conversación, por derramado que esté y disgustado de las cosas de Dios, cobre gusto de ellas y pierda el gusto de las cosas malas. La gente del pueblo, con sus ocupaciones forzosas, no tiene luz ni gusto de las cosas de Dios, y para esta olla de carne proveyó Dios que fuesen los sacerdotes *fuego, lumbre y sal*, como gente que ha de tener tanto de esto, que haya para sí y para los otros.

Y considerando esta alteza de santidad que este santísimo oficio demanda, ha habido muchos, aunque de muy buena vida, que no se han atrevido a recibir tal dignidad, queriéndola más por señora que por mujer. San Marcos fué uno de éstos, y San Francisco otro, el cual, siendo rogado de muchos que, pues era ordenado de diácono, se ordenase de Misa, yendo él por un camino pensando en esto y encomendán-

dose a Dios, le apareció un ángel con una redoma muy clara, llena de un licor más claro y resplandeciente que un cristal, y le dijo: «Francisco, tan clara como este licor ha de estar el ánima del sacerdote.» Y era tan grande el resplandor del licor, que San Francisco, con ser San Francisco, cotejando la limpieza de su ánima con aquel resplandor, le pareció no tener suficiente disposición para ser de Misa, y nunca jamás lo osó ser. Otros muchos hubo en los Padres del yermo, de excelente santidad y venerables canas, que, en oliendo que les querían echar esta dignidad encima, se iban huyendo de sus monasterios a tierras extrañas. Veían éstos la alteza de este estado y cuán gran santidad pide; y, aunque mucha tenían, parecían poca para oficio tal y tan alto. Y nosotros no conocemos la dignidad sacerdotal; y, por eso, no sólo no huímos de ella, mas, lo que mucho es de doler, que, siendo faltos de santidad, la buscamos y pretendemos, y, como gente ignorante, corremos a ella, poniendo los ojos en lo honroso de ella, y no en la obligación que consigo trae de gran santidad para bien la usar (1).

Esto, Padres, es ser sacerdotes: que amansen a Dios cuando estuviere enojado con su pueblo; que tengan experiencia que Dios oye sus oraciones, y les da lo que piden, y, tengan tanta familiaridad con Él; que tengan virtudes más que de hombres, y pongan admiración a los que los vieren; hombres celestiales o ángeles terrenales; y aun, si pudiesen ser, mejores que ellos, pues tienen oficio mas alto que ellos. Y porque con más autoridad entendamos cuáles habemos de ser, miremos a nuestro padre San Pedro, del cual en figura del Leví, dice Dios por Malachias (2, 5): *Pactum meum fuit cum eo vitae et pacis. (Exponatur.)* Y como quien bien lo obraba y conocía, amonestaba a los sacerdotes cuáles debemos de ser, diciendo (1 Petr., 2, 9): *Vos autem genus electum*: no de carne, ni de sangre, mas nacidos de Dios, e hijos suyos, semejables en las costumbres a Él. No viene bien ser hijo del demonio, como es el pecador, para ser sacerdote; hijo adoptivo de Dios y muy amado de Él es razón que sea el que ha de consagrar al muy amado Hijo de Dios. Padres: Sois *sacerdocio* real.

---

(1) Véase la Carta 7.

Reyes santos, que regís vuestra voluntad y pasiones conforme a la Ley de Dios; y rigiéndoois bien a vosotros, regís al pueblo, dándole mayores beneficios' y ejercitando cosas de mayor poder que los reyes de la tierra sobre sus vasallos. Reyes sois de la tierra, porque la despreciáis: Reyes de los hombres, porque los regís según Dios. A los demonios mandáis; con Dios podéis tanto, que lo traéis a vuestras manos, y de airado lo tornáis manso. ¿Quién hay que reino tan conforme, poderoso y precioso posea? Y en testimonio de esta dignidad real, está mandado que los sacerdotes traigan corona; la cual no es la rasura que traemos encima de la cabeza, mas los cabellos cercenados por las orejas, aunque ahora, por la costumbre tan usada, no se parece esta corona, por andar sin cabellos. Reyes somos y *gente santa*, dice San Pedro; el cual aun los legos pide que lo sean, cuanto más nosotros a los cuales dice el Señor (*Lev.*, 19, 2): *Sancti estote, quia ego sanctus sum.*

Diciendo estoy esto, y hiriéndome el corazón, mirándome a mí que, habiendo de tener santidad, no creo que tengo el principio de ella. *Gente santa, pueblo que Dios ha ganado*, y que se llama heredad y hacienda de El, porque es la principal posesión de Dios en la tierra, en la cual ha de coger fruto en sí y en los otros. Los sacerdotes somos particularmente députados para honra y contentamiento de Dios, y guarda de sus leyes en nos y en los otros. Y si algún tiempo vivimos en las tinieblas de nuestros pecados, ya el Señor *nos llamó*—dice San Pedro—*de aquella ceguedad, y nos trajo a su admirable lumbré* (1 *Pétr.*, 2, 9), dándonos su gracia, y lumbré de su divina doctrina, con que nosotros enderecemos nuestros pasos conforme a la voluntad de Dios, y hechos lúcidos anunciamos a los que están en tinieblas las virtudes y bondad de aqueste Señor que las ejercitó con nosotros. Tales, Padres míos, y tan calificados habemos de ser los que oficio tan calificado tenemos. Y la poca estima en que este oficio es tenido, y la mucha facilidad con que se toma, y la poca santidad con que se trata, no son bastantes causas para que en el juicio de Dios se nos deje de pedir la buena vida que tal oficio demanda. No es oficio éste que, por santo y muy santo que sea un hombre, se deba atrever a buscarlo; enviado ha de ser de

Dios para ello, o por revelación invisible, o por obediencia de Prelado, o por consejo de persona a quien deba creer; y aun entonces debe temblar con el gran peso que le echan a cuestras, que basta para hacer temblar a hombres de ángeles.

Y si hasta aquí habemos sido hombres poco cuidadosos en mirar la grandeza del beneficio que Dios nos ha hecho, y negligentes en le servir, ¡sea su santo Nombre bendito, que nos ha esperado hasta ahora, sufriendo los desacatos que le habemos hecho en el mal tratamiento de su santo Cuerpo y Sangre, y los otros pecados y negligencias que habemos cometido; y no sólo sufrido, mas con deseo de nuestra enmienda, nos ha enviado Prelado que, por la misericordia de Dios, trae celo de nos ayudar a ser lo que debemos! No trae gana de enriquecer, ni de *señorearse en la clerecía*—como dice San Pedro—, mas de apacentarnos con buena doctrina y con buen ejemplo, y ayudarnos en todo lo que él pudiere, así para el mantenimiento corporal, que es lo menos, como para que seamos los más sabios y santos del pueblo, como San Isidoro dice que debemos ser. A los Prelados manda San Pedro que hagan estas cosas con la clerecía; y a la clerecía manda que sea humilde y obediente a su Prelado. Y si cabeza y miembros nos juntamos a una en Dios, seremos tan poderosos, que venzamos al demonio en nosotros, y que libertemos al pueblo de los pecados. Porque así como la maldad de la clerecía es causa muy eficaz de la maldad de los seculares, así hizo Dios tan poderoso al estado eclesiástico que, si es el que debe; influye en el pueblo toda virtud, como el cielo influye en la tierra. Y de esta manera cobraremos la estima que habemos perdido con el pueblo por nuestra negligencia; *cobramos los años perdidos que la langosta de nuestra negligencia nos ha comido* (Joel., 2, 25); seremos agradables a los ojos de aquel Señor que ha puesto los suyos sobre nosotros para elegirnos entre todos para su alabanza, familiar trato y servicio, y ganaremos nuestras animas y las de muchos, y seremos dignos de este excelente nombre de *Sacerdotes de Dios*, y mereceremos con su gracia reinar con Él en su gloria. Amén.

## PLÁTICA SEGUNDA A LOS CLÉRIGOS DE CÓRDOBA.

Bonitatem et disciplinam et  
scientiam doce me.

(Ps., 118 66)

Para tratar de lo que conviene a la dignidad del altísimo oficio sacerdotal que tenemos, de manera que tan gran bien no se nos torne en mal, me pareció traer aquí en medio las palabras del Profeta David que en sí mismo nos enseñen y muevan a lo que nos conviene saber y tener; para que, viendo nosotros que un rey temporal con tanto cuidado sabe tan bien pedir lo que ha menester, y el mucho afecto con que lo pide, nos esforcemos nosotros—pues nuestra dignidad y peligro es mayor—a pedir y desear lo que nos conviene. Las palabras son: *Bonitatem et disciplinam et scientiam doce me*; que parecen ser una cosa con los tres panes que el Señor dice que habemos de pedir a nuestro vecino para poner delante de nuestro amigo que viene de camino cansado (Lc., 11, 5). ¡Oh váleme Dios! ¡Si nos hubieren ya dado en rostro las vanidades de este mundo que como sombra se pasan, los placeres sucios de la carne, que durando tan poco, se escotan con tormentos eternos! ¡Y si oyésemos con la interior oreja la justa amonestación de David (Ps., 4, 3): *¿Filii hominum, usque quo gravi corde? Bústeos*—dice Dios en el Profeta Ezequiel (44, 6)—*los pecados que habéis hecho, casa de Israel*. ¡Oh cuán justa demanda! ¿Hasta cuándo, Padres míos, habemos de hallar gusto en pecar? Ahítase un hombre de comer perdices y otros buenos manjares; esle pesado continuar un ejercicio, aunque sea bueno: ¿por qué no nos dará en rostro el manjar que mata, el ejercicio que es la misma maldad? Sentía esto San Agustín cuando llorando decía: «¿Cuándo será, Señor, el fin de mis suciedades?» Y quejábase reciamente de la tardanza que había tenido en desengañarse de los engaños de las criaturas, y en venir en conocimiento de Dios: *Sero te cognovi, pulcritudo tam nova; sero te cognovi, pulcritudo tam antiqua*. ¡Ay de aquel que no está cansado de ofender a su Criador, y que, después de haber gastado su vida andando fuera de sí, no recibe des-

contento de ello, y no entra en sí, y tiene hambre de la enmienda de su vida, viendo cuán poco contentamiento ha hallado en la posada!

Y quien esto hiciere, y con amargas lágrimas hubiere purgado su corazón de las malas afecciones en que recibió gusto y hartura, podrá decir a nuestro Señor de verdad: *Mi amigo ha venido de fuera, y no tengo que le poner delante; préstame, Señor, tres panes para remedio del cansancio y hambre que trae, pues la vida pasada ni verdadera hartura ni entero contentamiento le ha podido dar.* Y porque David, aunque algún tiempo pecó, otro lloró, y fuéle muy más amargo el lloro, que sabroso el pecado, y tuvo interior hambre de la virtud y gracia del Señor, pídele con todas sus entrañas que le dé pan de *bondad* y pan de *disciplina* y pan de *ciencia*; en las cuales palabras nos enseña lo que habemos de pedir, y el orden con que habemos de pedir. La *bondad* es lo mejor y primero: y el segundo lugar tiene la *disciplina*, y el tercero la *ciencia*.

Si no hay bondad, ¿qué aprovecha la ciencia, ni buen ejercicio, ni profecía, ni aun hacer milagros? Pues, aunque todo lo tenga, si la caridad que a un hombre hace bueno, le falta, osadamente pronuncia San Pablo: *Nihil sum* (1 Cor., 13, 2). No se engañe nadie en pensar que ha de poner otra cosa en el primer lugar de su cuidado y de su deseo, sino procurar de ser el que debe, y que, por entender en la salvación de los otros, él no se pierda. Muy usada sentencia es, mas ¡plega al Señor sea tan entendida cuanto común! (Mt., 16, 26): *¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si pierde su ánima?* Esto nos quiso decir aquel sabio luchador y Patriarca Jacob en los grandes sudores y trabajos que pasó por alcanzar a Rachel (Gen., 29, 30). Y después, viniéndole su hermano al encuentro, y temiendo no le matase su gente, puso en la frontera (1) su mujer e hijos menos amados, y par de sí a Rachel y al suyo (Gen., 33, 2) con intento que, si peligro hubiese, alcanzase a lo que menos valía, y quedase guardado lo que más. José *deja la capa en las manos de la mala mujer* (Gen., 39, 12) por escapar la vida, y Susana se ve en aprieto de pecar o perder la vida, y escogió

---

(1) *La frontera*: el frente.

perder la vida del cuerpo, antes que ofender a Dios (*Dan.*, 13, 23), y librala Dios de un mal y de otro.

He dicho esto para avisar que tengamos hambre, y la principal hambre, de alcanzar la virtud, la gracia del Señor, el ser siervos suyos; como David (*Ps.*, 26, 4) que *pedía una cosa*, y entendida espiritualmente, era *estar en la gracia del Señor*; y con este corazón pide aquí *bondad* primero que todo.

Mas, si como tué rey, fuera sacerdote, no se contentara con decir: *Señor, dame bondad*, sino *dame santidad*. Porque, si la bondad es propia del rey, la santidad es propia del sacerdote. Que el peso con que se pesaban las cosas del templo que se habían de ofrecer a Dios, era mayor que el peso común que se usaba fuera del templo; para que entendamos que el peso de las virtudes de los que tratamos con Dios y andamos en su casa y le ofrecemos sacrificios, ha de ser mayor, que el de la gente común; y que le debemos exceder tanto en la santidad cuanto en la dignidad. Lo cual no es invención mía, mas verdad de la Iglesia en el ofertorio de la Misa del Santísimo Sacramento: *Sacerdotes Domini incensum et panes offerunt Deo: et ideo sancti erunt Deo suo.*

Yo, Padres, tiemblo de aquella palabra; cuchillo me es, y causa de gran confusión, viendo que me pide *santidad*, y por ventura no tengo *bondad*. ¡Oh, cuán presto pasamos por esto, y cuán poco sentimos de la altísima alteza de esta dignidad! Y por eso ni tenemos temor de meternos en ella, ni de administrarla después, ni aun por ventura tenemos compunción de cuán bajos quedamos para ser lo que debemos, según lo pide tal dignidad. No era este oficio, Padres míos, sino para gente escogida de Dios, que excediese a los otros en virtud, como el rey Saúl, que *excedía a todo el pueblo de los hombros arriba* (1 *Reg.*, 10, 23). Y San Isidoro dice que el más santo y más docto que hubiere en el pueblo, aquél sea elegido en sacerdote. Somos, Padres míos, no sólo *sacrificio* de Dios, cuya parte se quemaba en honra de Dios y otra parte se comían los hombres; iodos enteros habemos de ser encendidos en el fuego del amor divinal, como el *holocausto*, que todo era quemado en honra de Dios (*Lev.*, 6, 9), sin que llevasen nada los hombres. Y a quien le parece esta santidad mucha o dificultosa,

oiga la causa, y por ventura le parecerá que aun no se le pide tanto cuanto ella merece.

Pedís, Madre Iglesia, que seamos *santos* vuestros sacerdotes. ¿Por qué carga tan grande, que de solo oirla hace temblar?

Ella lo declara diciendo: *Incensum et panes offerunt Deo.*

¿Tan gran cosa es *ofrecer incienso* y *ofrecer panes*, cuanto y más si son los panes de la proposición que en el templo de Salomón se ofrecían? ¿Para *incensar* y *ofrecer unos panes* pedís santidad? Pues ¿qué será para *incensar* espiritualmente, y *ofrecer un pan que del cielo vino*, Jesucristo nuestro Señor, figurado en aquellos panes y (que), siendo uno, vale más que todos juntos, y más que el mundo y el cielo, y cuanto en ellos está encerrado?

¡Oh, qué gran negocio es *incensar* y *ofrecer este sacrificio*, y andar estas dos cosas juntas! Porque para hacerse bien y ser valerosas, no se ha de apartar una de otra. El *incensar* es *orar*; y aquél ha de tener por oficio el *orar*, que tiene por oficio el *sacrificar*; pues es medianero entre Dios y los hombres para pedirle misericordia, y no a secas, sino ofreciéndole el don que amansa la ira, que es Jesucristo nuestro Señor.

Y de este cargo que el sacerdote tiene, dice San Crisóstomo las siguientes palabras: «El que tiene oficio de legado por una ciudad—mas ¿qué digo, por una ciudad?, antes por todo el mundo universo—, y ruega que Dios se amanse a los pecados de todos, no solamente de los vivos, mas de los muertos, ¿qué tal piensas que debe ser? Yo no pienso que la confianza de Moisés y Elías es bastante para tal oración; porque, como hombre a quien le es encomendado el mundo universo, y que es padre de todos, así se ha de llegar, rogando a Dios que se apacigüen las guerras dondequiera que las haya, que se deshagan los alborotos, que se pacifiquen todas las cosas, y que se ponga fin y remedio a todos los males privados y públicos. De manera que tanto ha de exceder a todos en eminencia de virtud este tal rogador, cuanto excede y se diferencia en el mismo oficio. Pues, cuando llamare al Espíritu Santo y sacrificare aquella Hostia digna de reverencia, y tocare al Señor de todos; dime, ¿dónde pondremos este tal en nuestra

estimación? ¿Cuánto resplandor pediremos que tenga, y cuán gran religión? Párate bien a pensar qué tales conviene que sean aquellas manos, que son ministras de cosas tan altas; qué tal ha de ser la lengua que pronuncia tales palabras; o qué cosa ha de haber más limpia y más santa que el ánima de aquel que ha recibir tal espíritu.»

A mí, Padres, espántanme mucho estas palabras que piden tan gran fuerza de oración, que aproveche a todo el mundo: para lo cual dice este Santo que le parece pequeña la confianza de Moisés y Elías; el uno de los cuales con la fuerza de su oración alcanzó perdón para aquel grande ejército que por el desierto iba, y el otro cerraba el cielo cuando le parecía para que no lloviese, y abríalo cuando quería, y con su oración traía fuego del cielo y mataba a vivos, y también con su oración daba vida a los muertos. ¡Ay de mí, si la confianza de éstos aun no basta para la oración que el sacerdote ha de hacer por todo el mundo; pues que siendo mi oficio mayor, no llego ni con mucho a la fuerza del orar, ni a la santidad de aquellas personas! ¡Oh! Cuando seamos presentados en el juicio de Dios, y nos hagan cargo de las guerras que hay, de las pestilencias, de los pecados, de las herejías; porque no hicimos nosotros lo que era de nuestra parte para que no las hubiera, y de todos los males espirituales y corporales que hay en el mundo, ¡por ventura amargará entonces a alguno el haber sido Sacerdote, y le parecerá entonces la honra de besarle la mano y la autoridad de las ricas vestiduras, de la honra sacerdotal y aun de la renta, carga tan pesada, que por todo el mundo no la quisiera haber tomado sobre sus hombros! Cosa recia de pensar, que no siendo yo para orar por mí, y que he menester ayuda de mis vecinos para que me amansen a Dios, que yo he provocado a ira con mis pecados, y siendo tan poco espiritual, que ni siento ni lloro mis defectos ni pecados, me piden tan vivo sentido y entrañas tan encendidas en caridad, que sienta los males del mundo como si fuese padre de todo el mundo, y tenga tal santidad, que me ose poner a la ira de Dios y tornarle de enojado pacífico, y de castigador perdonador. De Aarón cuenta la Escritura (*Num.*, 16, 44), que *andando el fuego del castigo de Dios quemando la gente de los reales*, tomó

un incensario en la mano, y se puso entre los muertos y los que quedaban vivos, y orando e incensando al Señor, hizo que parase su ira. Padres, ¿hales acaecido esto algunas veces? ¿Han peleado tan fuertemente con Dios, con la fuerza de la oración, queriendo Él castigar y suplicándole que no lo hiciese, que haya dicho Dios (*Ex.*, 32, 10): *Déjame que ejercite mi enojo*, y no querer vosotros dejarlo, y, en fin, vencerlo? ¡Ay de nos, que ni tenemos don de oración, ni santidad debida para ponernos al encuentro de Dios, estorbándole que no derrame su ira; y aun no sé si entendemos nombre de oración! Porque como San Jerónimo dice: «Este negocio más se hace con gemidos que con palabras, y aquél sólo sabe gemir como debe para que su oración tenga fuerza, a quien el Espíritu Santo le enseñare este modo de orar.»

De esto nos avisa San Pablo, diciendo: *Nosotros no sabemos qué, ni cómo habemos de orar; mas el Espíritu ora por nosotros con gemidos que no se pueden contar.* El Espíritu Santo, en Sí mismo, no padece, ni gime; dícese que *pide con gemidos que no se pueden contar*, porque hace gemir a nuestros corazones gemidos que no se pueden contar. ¿Qué andamos pidiendo que nos digan cómo habemos de orar en el *Memento*. quién pondré primero, quién pondré después; para que en espacio de dos o tres *Credos* pasemos aquéllos por la memoria? Y con esto pensamos que habemos bien orado, y procedemos luego a la consagración. ¡Oh dolor grande! ¿Y así se ha Dios de amansar? ¿Y así se ha de alcanzar la paz de las guerras, la fe para los infieles, la conversión para los pecadores, y el estar los justos en gracia y en pie? ¡Con cosa que tan poco cuesta, pensamos de alcanzar cosas de tanto precio? ¿Y oración que parece de burla, ha de alcanzar cosas de tanto tomo y verdad! ¡Gemidos, gemidos nos son pedidos de Dios! y no que salgan de sentimiento de cosa temporal, ni salgan de la voluntad guiada por la razón, mas inspirados por el Espíritu Santo, tan imposibles de ser entendidos por los que no los tienen, que aun los que los tienen *no los saben contar*. Padres míos, ¿saben qué tales han de ser los gemidos que demos los sacerdotes en el acatamiento de Dios, pidiendo remedio para todo el mundo? Como dice San Basilio: «Que así como en el oficio sacerdotal representamos la persona de Jesucristo,

así le habemos de representar e imitar en los gemidos y oración que el oficio sacerdotal pide.» Párense, Padres míos, bien a pensar en su rincón, cuando se aparecen para decir Misa, con qué afectos, gemidos y lágrimas y compasión, puesto el Señor en la Cruz, derramando la Sangre por fuera, oraba por dentro por todo el mundo: y procuren de le pedir semejanza de aquel espíritu, parte de aquel Corazón tan espinado, para que, pues nos llegamos a rogar en su nombre por todo el mundo, y le tenemos en el altar en las manos, tengamos en el corazón la semejanza de sus gemidos; para que, como él, *ofreciendo con lágrimas*, como dice San Pablo (*Hebr.*, 5, 7), *fué oído por su reverencia* del Padre, así nosotros, orando y gimiendo, a semejanza de Él, seamos oídos por Él.

Y si alguno, entre los cuales soy yo, se atemorizare y confundiere de ver la sequedad de su corazón en la oración, el poco sentimiento que tiene de los males ajenos, la poca fuerza y la poca santidad para que su oración haga fuerza al Omnipotente, y que sus *gemidos* son tan breves y fáciles, que quienquiera *los puede contar*; y, en fin, se ve lejos de tener aquel don de oración, infundido por el Espíritu Santo, tan necesario para bien ejercitar el oficio sacerdotal, de ser abogado por los hombres en el tribunal de Dios, y este tal, así atemorizado y compungido, me preguntare: «Padre, ¿qué haré, que muy lejos estoy de saber ni entender los negocios de la oración?», decirle he, que si no es sacerdote, que no tome oficio de abogar, si no sabe hablar. Y diría yo que no sé con qué conciencia puede tomar este oficio quien no tiene don de oración, pues que de la doctrina de los santos y de la Escritura divina parece que el sacerdote tiene por oficio, según habemos dicho, orar por el pueblo; y este orar, para ser bien hecho, pide ejercicio, costumbre y santidad de vida, apartamiento de cuidados, y, sobre todo, es obra del Espíritu Santo y don suyo particular, no dado a todos, mas a quien Él quiere; y a quien Él lo daba en el principio de la Iglesia, como dice San Crisóstomo, oraba, gemía y enseñaba a los otros a orar. Y quien no tiene estilo de abogar en la audiencia divina, distintísima de la audiencia de acá, y puesto de rodillas, cuando no hay oración vocal que rezar, está como un mudo delante de Dios, ¿con qué desvergüenza tiene oficio de orar sin lengua del cielo?

Y aunque este tal lo hace muy mal, no sé si lo hace peor el Prelado que ordena sin examinar en esta calidad al que ha de ser ordenado; porque como maestro y guía, y por la mucha experiencia que ha de tener de la fuerza y provecho de la oración—que, como dice San Gregorio, ha de tener experiencia que su oración es tan poderosa delante de Dios que alcance lo que pide—, debe este tal desengañar al que, sin tener este don, se quiere ordenar, porque no vaya sobre él la falta del otro.

Mas ¿qué hará quien ya es sacerdote? Que llore porque inconsideradamente lo fué, sin *pararse primero a contar muy despacio*, como el Señor dice (*Lc., 14, 28*), *si tenía suficientes expensas para edificar en sí la torre altísima de la majestad sacerdotal*; y tema, y mucho tema, no le acaezca lo que el Señor dice que, viendo que no tuvo lo que era menester para edificación de la torre, hagan burla de él y le digan: *Este hombre comenzó a edificar, y no lo pudo acabar*. Libra, Señor, por tu misericordia, a cuantos estamos aquí, y a todos los que son tus ministros, no mofen de nosotros los demonios en el infierno, dándonos en rostro que, teniendo alteza de sacerdocio, tuvimos vida muy baja, indigna y desproporcionada de tal dignidad. Temamos, Padres, temamos; que Juez tenemos a quien dar cuenta, y cuenta más estrecha que la otra gente del pueblo, la cual, como ha recibido menos, dará menos cuenta: mas a nosotros se endereza de lleno en lleno aquella palabra terrible y verdadera que el Señor dijo (*Lc., 12, 48*): *A quien mucho es dado, mucho le será pedido*. Y en el Salmo (49, 16) que el Profeta David cuenta de la venida de Dios a juzgar, lo primero que cuenta es que dijo Dios al pecador: *¿Por qué cuentas mis justicias por tu boca?* Si rezar los Salmos, y las oraciones, y las palabras de Dios, es cosa indigna del pecador, y ha de entrar en juicio sobre ello, ¿qué será tomar en la boca, sin el debido aparejo, a Jesucristo nuestro Señor, y consagrarlo, y faltar en las cosas principales que el sacerdote debe hacer?

No sé, Padres, cosa más lastimosa; y pensando algunas veces en ella, casi me faltan las fuerzas y se me enflaquece el corazón. ¡Que un sacerdote, tan honrado de Dios, que a su llamada venga del cielo, y se ponga en sus manos, y lo aplique para el bien

del mundo, y aunque su obra se haga en la tierra, su negocio se hace en el cielo y sube su voz hasta el trono de Dios, y se despachan por ella negocios importantísimos en persona de la Iglesia, aunque él sea malo, que éste, con tanta alteza de honra y acatado de Príncipes y Reyes y de ángeles del cielo, y conocido de Dios por su ministro, descienda al infierno por su mala vida, y sea atormentado de demonios el que acá los atormentaba a ellos, y que sea desamparado de Dios y dejado de Él para siempre en tormentos eternos! Quien cotejare la honra de acá, y el estar vestido en el altar con vestiduras benditas y ricas, tan cerca de Dios y tan familiar a Él, y cotejare, por otra parte, la obscuridad, bajeza, hedor, tormentos, demonios, que nunca se acabarán para siempre jamás, del infierno, no sé si tendrá fuerza para considerar la grandeza de tanto mal, después de haber pasado por tanto bien.

Despertemos, Padres, despertemos con tan recio trono. ¡Que van al infierno sacerdotes de Dios! Beda, cuenta en su *Historia* de un hombre que fué llevado al otro mundo, y vió el purgatorio y el infierno, y que estando allá, vió a los demonios que llevaban tres ánimas, dando ellos muchos gritos y risas, y ellas amarguísimos gemidos; y una de ellas conoció ser de mujer, y otra de lego, y otra de clérigo (1). Muchos más cuentos hay de éstos, que dan testimonio de condenación de ministros de Dios, que nos deben de poner cuidado de mirar cómo vivimos, y entender que si el asentarnos a la mesa de Dios es cosa dulcísima y de mucha honra, que debemos tener vida conforme a tal dignidad, y estar *vestidos de justicia*, como dice David (*Ps.*, 131, 9), y como se representa en las vestiduras sagradas que nos vestimos, porque no nos diga el Señor (*Mt.*, 22, 12): *Amigo, ¿cómo entraste aquí sin vestidura de bodas? Y nos echen en aquellas tinieblas de fuera de la sala de Dios, donde está la lumbre, y paguemos el escote del manjar celestial que aquí comimos, con comer allá ajenos y beber hiel de dragones*, según dice la Escritura (*Jerem.*, 9, 15; *Deut.*, 32, 33), y entenderemos, aunque tarde, lo que aquí poco caso hicimos: *El que come y bebe indignamen-*

---

(1) El Arzobispo de Florencia cuenta *vide 2 p.*, *Historia*, lib. XVI, cap. XIV, *in principio*.

*te, juicio*—quiere decir, *condenación*—, *come para si* (1 Cor., 11, 29). Súfrenos el Señor y calla, esperándonos a penitencia; mas librenos su misericordia de cuando se enoja con un oficial suyo, que el tiempo que le dan para hacer penitencia lo gasta en hacer más pecados. Sabrá muy bien, porque es sapientísimo; podrá, porque es omnipotentísimo sin haber quien lo resista; querrá, porque es justísimo, castigar al tal oficial, o dejándole morir sin penitencia verdadera, aunque tenga lugar y tiempo para lo hacer, o matarlo ha súbitamente estando hablando o haciendo otra cosa.

Cosa cierta es, y no creo que ha un mes que acaeció, que, yendo un cura de un lugar a otro, bueno y sano encima de su mula, se adelantó un poco de su mozo, al cual le pareció que la mula de su amo salía de camino, y corrió por le alcanzar, y viólo echar espumajos por la boca sin poder hablar; y a cabo de poco le quitaron de la mula, y sin más hablar, expiró. (Contómelo otro cura en cuyas manos murió.) En otra parte, poco ha, me cuentan han muerto otros dos súbitamente; y ahora, una legua de aquí, súbitamente se cayó otro muerto en la sacristía. Y, aunque estas muertes sean ahora recientes, no es cosa nueva, sino usada, y por eso señal de más ira de Dios con sus ministros. *Si repente interroget, quis respondebit ei?* (Job., 9, 12.) Y, como San Gregorio dice: Dar Dios término, y aprovecharse el hombre de él para aparejar la conciencia y responderle en su estrecho juicio, señal es de su misericordia, y consuelo para el que ha de ir a juicio; mas llevar a uno súbitamente y preguntarle a deshora, es cosa terrible para quien lo pasa, y de mucho escarmiento para quien lo oye.

Tornando, pues, al propósito, los que esta carga tomamos sin medir nuestras fuerzas para si la podíamos llevar o no, lloremos nuestro atrevimiento; lloremos los males que habemos hecho, los malos ejemplos que habemos dado. Y aun no basta esto; lloremos los daños que han venido a los otros por no tener nosotros la santidad de vida, la fuerza en la oración que era menester para ir a la mano al Señor, y recabar de Él misericordia y perdón en lugar de castigo. Que si hubiese en la Iglesia corazones de madre en los sacerdotes, que amargamente llorasen de ver muertos a sus espirituales hijos, el Señor, que es misericordioso, les

diría lo que a la viuda de Naim (*Lc.*, 7, 13): *No quieras llorar*, y les daría resucitadas las ánimas de los pecadores, como a la otra le dió a su hijo vivo en el cuerpo. Abajemos, Padres, nuestras cabezas, y nuestras caras se hinchen de confusión, y atraviése aguda espina de dolor nuestro corazón, y pidamos perdón a Dios y al mundo, de que a Él no le habemos servido conforme a la alteza y honra en que nos puso, y al mundo de que no le habemos evitado muchos males y alcanzádole muchos bienes; que si nosotros fuéramos los que debíamos, le hubiéramos librado del mal con nuestra oración y sacrificio, y alcanzádole muchos bienes de cuerpo y ánima. Así pasa, Padres, así pasa; y si esto bien se sintiese, no nos vagaría a gastar tiempo ocioso, ni osaríamos hablar palabras ociosas, ni traeríamos los ojos altos, ni daríamos lugar a otros cuidados, porque éste nos tendría y traería tan poseídos que, por dar buena cuenta de él, aflojaríamos en las otras cosas.

San Pablo dice a los legos (*Eph.*, 5, 3-4): *Fornicatio el omnis immunditia aut avaritia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos; aut turpitudinem, aut stultitiam, aut scurrilitatem, quae ad rem non pertinet; sed magis gratiarum actio.* Mírese que aun lo que llaman acá *gracias* no consiente decirse; y la causa es, porque *no hacen al caso* a nuestro negocio. Y ¿cuál negocio es éste de tanta importancia, que ni admite malas palabras ni vanas glorias? Ciertamente el de cumplir la voluntad de Dios entre tantas ocasiones de quebrantarla; siendo nacido en la tierra, procurar de hacerse violencia y combatir y ganar el cielo, cosa es que no admite burlería ninguna; y quien esto no siente, no procura ir allá. Y si al propósito de un buen lego no convienen estas cosas, ¿cuán lejos es razón que estén del negocio que el sacerdote trae entre manos, pues tiene oficio que le pide más santidad, y cuidado de aprovechar a los otros? Y muy buena respuesta es para cuando la maldad o la vanidad nos combatiere, o la negligencia y pereza nos amonestare holganza, acordarnos del negocio que traemos entre manos, que es de oponernos a Dios, para que hiera en nosotros, y derrame su misericordia y perdón sobre los culpados. No es ésta, Padres, invención mía; palabra es de Dios, y de aquel Dios que nos ha honrado con hacernos ministros suyos, y que nos ha de tomar cuenta y po-

neros los cargos de nuestra residencia, entre los cuales declara uno que dice: *¡No os pusisteis de parte contraria, ni os pusisteis por muro en favor de la casa de Israel, para estar en pie en la guerra en el día del Señor! (Ezech., 13, 5.)* Y en otra parte (22, 30, 31) dice: *Yo busqué entre ellos un varón que interpusiera seto, y estuviera contrario a Mi en favor de la tierra, que no la destruyera; y no lo hallé; y derramé sobre ellos mi enojo, y consumilos con el fuego de mi ira.* Quiere el Señor que, aunque el pueblo con su mala vida esté tan atemorizado de Dios, que no ose parecer delante de Él, ni alzar los ojos al cielo; que su sacerdote, con la limpieza de su vida, con la familiaridad amigable y con el trato particular de entre él y el Señor, no esté derribado con temor, como los otros, mas tenga una santa osadía para estar en pie, y llegar al Señor, y suplicarle e importunarle y vencerle y traerle a que, en lugar del azote pensado, envíe su deseada misericordia. Y esto quiere decir lo que cada día hacemos en el santo Sacrificio de la Misa, que, estando el pueblo arrodillado y humillado, el sacerdote está en pie en el altar, negociando con Dios, en testimonio de la santa osadía y de lo mucho que vale para *estar en pie en el día de la guerra del Señor* cuando quiere castigar a su pueblo. Padres míos, por este arancel habemos de vivir, y estos cargos se nos han de poner cuando muramos. Y de estas palabras de Dios entenderemos que la causa de haber derramado Dios su enojo sobre su pueblo, y habernos consumido enviándonos pestilencias, infieles que nos venganzan, herejías que han nacido, y tanta abundancia de pecados como hay, y finalmente, males de cuerpo y de ánima, ha sido porque *buscó Dios varones de oración que se le pusiesen delante, y no los halló.* ¿Quién pensara que tanto importara el ejercicio de la oración en la Iglesia? ¿Quién contará los daños que por falta de ella han venido?

Y ¡plega a Dios que, estando nosotros tan ajenos de ella, sepamos llorar los males que por nuestra falta han venido, y entendamos que nosotros somos los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar los males todos que vienen al cuerpo, y que para hacer bien este oficio, pongamos ya fin a nuestros malos placeres, y hollemos ya llano, como dicen, y andemos con entrañable cuidado, como gente que trae sobre sus hombros una car-

ga en gran manera pesada! Un hombre con cuatro o cinco arrobas de peso anda acorvado: ¿qué haría si le echasen encima una casa entera? ¿Qué, si un pueblo? ¿Qué, si grandes ciudades? ¿Qué, si un reino? Pues, si todo el mundo estuviese sobre él, ¿tendría fuerza para saltar? ¿Tendría gana de reír? ¿No le apesgaría tanto aquel peso, que para haberlo de llevar, procuraría de alivianarse de todos los otros, y pediría a sus vecinos que le ayudasen, y a Dios con lágrimas que le socorriese? Pues cuando nosotros entendamos que está sobre nuestros hombros la carga de nuestros pecados, bastantísima para hacernos gemir, y la de nuestro pueblo, y, según San Basilio dice, la de todo el mundo, entonces comenzaremos a sentir qué cosa es ser sacerdote. Y diremos, como dice la Escritura (*Deut.*, 33, 9), *a nuestro padre y a nuestra madre: No sé quién sois; y a nuestros hermanos: No os conozco; y andaremos cuidadosos de libertarnos de todo para dar buena cuenta de esto. Y conociendo cuán mucho nos falta, andaremos rogando a los buenos y a los sabios que nos enseñen a orar, y gemir, y a bien vivir, y que rueguen a Dios por nosotros. Y heridos del gemido de que no habemos sido lo que debemos, quitaremos los regalos al cuerpo y el sueño a los ojos, y con penitencia rigurosa y amargas lágrimas, pediremos al Señor perdón de haber sido malos ministros, y de no haber entendido la honra de la alteza en que nos puso; y por eso habemos sido comparados a los jumentos, y hechos semejables a ellos (Ps., 48, 13, 21); para que el Señor, que por su misericordia nos escogió para su servicio y culto divino, nos haga dignos y santos para ofrecerle el incienso de la limpieza y eficaz oración, y de consagrar y ofrecer el Cuerpo de su santísimo Hijo; de manera que quede nuestra conciencia confortada y, por bastantes conjeturas, consolada de que de las tres cosas que al Señor pedíamos, *bondad, disciplina y ciencia*, nos ha dado la primera, y si no con aquella perfección que a los santos sacerdotes pasados, a lo menos con aquella con que en su santa gracia vivamos, y acertemos a desempeñar aqueste dignísimo y santísimo oficio con aquella diligencia que nuestra flaqueza, ayudada del favor del Señor, puidere. Porque una cosa es usarlo casi sin ningún respeto, como muchos hacen, a los cuales está aparejada la eterna damnación,*

como gente que fué desacatada al mayor ministerio y oficio que hay en la tierra; y otra cosa es que, si un sacerdote no vela toda la noche en oración, a lo menos tiene sus ratos diputados para ella. Y una cosa es no tener cuenta con su conciencia, o tener tan poca que casi es nada; y otra tener sus ratos señalados para examinarse y juzgarse, y traer mediano cuidado para no ofender al Señor mortalmente, antes de aprovechar de bien en mejor, aunque en estas cosas no alcance aquello que desea, ni lo que otros mejores. Porque, así como tiene el Señor en su pueblo miembros suyos que están en gracia aunque imperfectos y flacos, también entre sus ministros, ninguno es razón que haya malo; más sufridera cosa es que haya flacos, con condición que, lo que les falta de la medida que habían de tener, lo suplan con el conocimiento de sus defectos, y con las lágrimas con que se laven, y con el deseo de se mejorar y firme propósito. Porque esta moneda, aunque parece de poco valor, recibida es en el tribunal de Dios, y, como San Bernardo dice: «El deseo y cuidado de la perfección, por perfección se reputa.» De manera que, desterrada toda tibieza, procurando cada día de ser más leales y agradables al Señor que nos escogió, le sirvamos en su santo altar como debemos, para que de él pasemos al cielo a gozarlo en su gloria. Amén.

# ÍNDICE

	Págs.
Prólogo editorial.....	5

## AUDI, FILIA

Aprobación .....	12
Prólogo del Autor.....	13
Breve suma de todo lo que se trata en este libro .....	15
Capítulo primero.—En que se trata cuánto nos conviene oír a Dios; y del admirable lenguaje que nuestros Padres primeros tenían en el estado de la inocencia, a el cual perdido por el pecado, sucedieron muchos muy malos.....	17
Capítulo 2.—Que no debemos oír el lenguaje del mundo y honra vana; y cuán grande señorío tiene sobre los corazones de los que la siguen, y cuál será el castigo de los tales.....	19
Capítulo 3.—De qué remedios nos habemos de aprovechar para despreciar la honra vana del mundo, y de la grande fuerza que Cristo da para la poder vencer.....	21
Capítulo 4.—En qué grado y por qué fin es lícito desear la humana honra; y del grandísimo peligro que hay en los oficios honrosos y de mando.....	24
Capítulo 5.—De cuánto debemos huir los regalos de la carne; y cómo es peligrosísimo enemigo; y de qué medios nos habemos de aprovechar para vencerlo.....	28
Capítulo 6.—De dos causas de las tentaciones	

sensuales; y qué medios habemos de usar contra ellas cuando nacen de la impugnación del demonio .....	31
Capítulo 7.—De la grande paz que Dios nuestro Señor da a los que varonilmente pelean contra este enemigo; y de lo mucho que conviene para lo vencer huir familiaridad de mujeres.	34
Capítulo 8.—Por qué medios suele engañar el demonio a los hombres espirituales con este enemigo de nuestra carne; y del modo que se debe tener para no dejarnos engañar.....	36
Capítulo 9.—Que uno de los más principales remedios para vencer este enemigo es el ejercicio de la devota y ferviente oración, donde se halla el gusto de las cosas divinas que hace aborrecer las mundanas.....	39
Capítulo 10.—De muchos otros medios que debemos usar cuando este cruel enemigo nos acometiere con los primeros golpes.....	42
Capítulo 11.—De algunas causas, allende de las dichas, por las cuales vienen algunos a perder la castidad, para que huyamos de ellas si no la queremos perder: y con qué medios nos debemos animar a ello.....	45
Capítulo 12.—Que suele Dios castigar a los soberbios con permitir que pierdan la joya de la castidad, para humillarlos; y de cuánto conviene ser humildes para vencer aqueste enemigo .....	48
Capítulo 13.—De otras dos peligrosas causas por las cuales suelen perder la castidad los que no las procuran evitar.....	51
Capítulo 14.—De cuánto se debe huir la vana confianza de alcanzar victoria contra este enemigo con sola industria y trabajo humano, y que debemos entender que es dádiva de Dios, a quien se debe pedir, poniendo por intercesores los Santos, y en particular a la Virgen nuestra Señora.....	53
Capítulo 15.—Cómo el Señor reparte el don de la castidad, no igualmente a todos; porque a algunos lo da solamente en el ánima; y de lo mucho que las tentaciones contra la castidad aprovechan, si se saben llevar.....	55

## ÍNDICE

Págs.

---

Capítulo 16.—De cómo el don de castidad es concedido a algunas personas, no sólo en el interior del ánimo, mas también en la sensualidad; y esto por una de dos maneras.....	57
Capítulo 17.—En que se comienza a tratar de los lenguajes del demonio, y cuánto los debemos huir; y que uno de ellos es ensoberbecer a un hombre para le traer a grandes males y engaños; y de algunos medios para huir este lenguaje de la soberbia.....	61
Capítulo 18.—De otro lazo contrario al pasado, que es la desesperación con que el demonio pretende vencer al hombre; y cómo nos habremos contra él.....	66
Capítulo 19.—De lo mucho que nos dió el Eterno Padre en darnos a Jesucristo nuestro Señor; y cuánto lo deberíamos agradecer y aprovecharnos de esta merced, esforzándonos con ella para no admitir la desesperación con que el demonio suele combatirnos.....	69
Capítulo 20.—De algunas cosas que suele traer el demonio contra el remedio ya dicho para desmayarnos; y cómo no por eso debemos perder el ánimo, antes animarnos más, mirando la infinita misericordia del Señor.....	71
Capítulo 21.—En que se prosigue la grandeza de la misericordia de Dios, que usa con los que le piden perdón de corazón. Es una consideración bastante para vencer toda desesperación .....	73
Capítulo 22.—Donde se prosigue el tratar de la misericordia que el Señor usa con nosotros, venciendo su Majestad nuestros enemigos por admirable manera.....	76
Capítulo 23.—Del grande mal que hace en el ánimo la desesperación; y cómo conviene vencer este enemigo con espiritual alegría, y diligencia y fervor en el servicio de Dios.....	79
Capítulo 24.—De dos remedios para cobrar esperanza en el camino del Señor; y que conviene no acobardarnos, aunque el remedio de la tentación se dilate; y cómo hay corazones que no se saben humillar sino con golpes de	

ÍNDICE

Págs.

tribulaciones, y por eso los conviene ser así curados .....	84
Capítulo 25.—Cómo el demonio procura traer a desesperación poniendo tentaciones contra la fe y cosas de Dios; y de los remedios que habemos de usar contra estas tentaciones.....	86
Capítulo 26.—Cómo pretende el demonio en las sobredichas tentaciones apartarnos de la devoción y buenos ejercicios; y que el remedio es crecer en ellos, dejando la demasiada codicia de los dulces sentimientos del ánima; y por qué fin se pueden éstos desear.....	88
Capítulo 27.—Que el vencimiento de las tentaciones dichas está más en tener paciencia para las sufrir, y esperanza del favor del Señor, que en la fuerza de querer hacer que no vengan .....	92
Capítulo 28.—Del grande remedio que es contra las tentaciones buscar un confesor, sábio y experimentado, a quien se dé entera cuenta y crédito; y lo que el confesor debe hacer con los tales; y del fruto de estas tentaciones...	94
Capítulo 29.—Cómo el demonio procura con miedos exteriores quitarnos de los buenos ejercicios; y cómo conviene confortar el corazón con la confianza del Señor para lo vencer; y de otras cosas que ayudan para quitar este miedo, y del fruto de esta tentación.....	96
Capítulo 30.—De muchas causas que hay para confiar que el Señor nos librará en toda tribulación, por grave que sea; y de dos significaciones que tiene esta palabra <i>creer</i> .....	103
Capítulo 31.—Que lo primero que debemos oír es la verdad divina, mediante la fe, que es principio de toda la vida espiritual, y nos enseña cosas tan altas que exceden toda humana razón .....	108
Capítulo 32.—De cuán conforme es a razón creer las cosas de nuestra fe, aunque ellas exceden toda humana razón.....	110
Capítulo 33.—De cuán firmes, constantísimos y abonados testigos ha tenido nuestra fe, los cuales han puesto su vida por la verdad de ella.	112
Capítulo 34.—Que la vida perfecta de los que	

## ÍNDICE

Págs.

---

han creído nuestra fe es grande testimonio de su verdad; y de cuánto han excedido en bondad los cristianos a todas otras gentes...	114
Capítulo 35.—Que la propia conciencia del que quiere seguir la virtud le da testimonio de ser nuestra fe verdadera; y cómo el amor de la mala vida es impedimento para la recibir y grande parte para la perder.....	117
Capítulo 36.—Que la admirable mudanza de los corazones de los pecadores, y los favores grandes que el Señor hace a los que, siguiéndolo con perfecta virtud, le llaman en sus necesidades, es grande testimonio de la verdad de nuestra fe.....	119
Capítulo 37.—De los muchos y grandes bienes que Dios obra en el hombre que sigue la perfecta virtud, la cual es grande prueba [de] ser verdad nuestra fe, pues ella nos enseñó los medios para alcanzar aquellos bienes.....	122
Capítulo 38.—Que si se pondera la virtud y grandeza de la obra del creer, hallaremos grande testimonio que testifique ser mucha razón que el entendimiento del hombre sirva a Dios con recibir su fe.....	124
Capítulo 39.—En que se responde a la objeción que pueden poner contra nuestra fe, diciendo que enseña de Dios cosas muy altas.....	126
Capítulo 40.—En que se responde a los que ponen por objeción para no recibir nuestra fe, que enseña de Dios cosas muy humildes o bajas; y cómo en estas cosas humildes que de Dios enseña está altísima gloria.....	128
Capítulo 41.—Que no sólo resplandece la gloria del Señor en las cosas humildes que la fe nos enseña de Dios, mas también nuestro grande provecho, valor y virtud.....	131
Capítulo 42.—En que se prueba ser la verdad de nuestra fe infalible, así por parte de los que la predicaron, como de aquellos que la recibieron, y del modo con que fué recibida...	133
Capítulo 43.—Que es tanta la grandeza de nuestra fe, que ninguno de los motivos dichos, ni otros que se pueden decir, bastan a que un	

ÍNDICE

	Págs.
hombre crea con esta divina fe, sin que el Señor dé para creer su particular favor.....	135
Capítulo 44.—Que se deben al Señor muchas gracias por el don de la fe; y que de tal manera habemos de usar de ella para lo que fué dada, que no le atribuyamos lo que no tiene; y cuál es lo uno y lo otro.....	140
Capítulo 45.—Por qué el Señor ordenó salvarnos mediante la fe, y no por humana razón; y de la grande sujeción que debemos tener a las cosas que la fe nos enseña; y de la particular devoción que especialmente debemos a lo que el Señor Jesús enseñó por su boca .....	145
Capítulo 46.—Que la Escritura santa no se ha de declarar por cualquier juicio, sino por el de la Iglesia romana; y donde ella no declara, se ha de seguir la conforme exposición de los Santos; y del grande crédito y sujeción que a esta Iglesia santa debemos tener.	148
Capítulo 47.—De cuán terrible castigo es permitir Dios que uno pierda la fe; y cómo justamente es quitada a los que no obran conforme a lo que ella enseña.....	150
Capítulo 48.—En que se prosigue más en particular lo ya dicho; y se declara lo que se requiere para entrar a leer y entender las divinas Letras y Doctores santos.....	153
Capítulo 49.—Que no debemos ensoberbecernos viendo que otros pierden la fe que nosotros no habemos perdido, antes humillarnos con temor; y de las razones que para ello hay...	157
Capítulo 50.—De cómo suelen ser muchos engañados dando crédito a falsas revelaciones. Y declárase en particular en qué consiste la verdadera libertad de espíritu.....	160
Capítulo 51.—De cómo nos habemos de haber para no errar en las tales ilusiones; y cuán peligroso sea el deseo de revelaciones o cosas semejantes .....	164
Capítulo 52.—En que se ponen algunas señales de las buenas, y de las malas y falsas revelaciones o ilusiones.....	167
Capítulo 53.—De la oculta soberbia con que sue-	

ÍNDICE

Págs.

len ser muchos gravemente engañados en el camino de la virtud. Y de cuán a peligro están los tales de ser enlazados en ilusiones del demonio .....	169
Capítulo 54.—De algunas propiedades que tienen los que en el capítulo pasado dijimos ser engañados. Y de cuánto conviene recibir parecer ajeno; y de los males que trae el amor del propio juicio.....	171
Capítulo 55.—Que debemos grandemente huir el propio parecer, y escoger persona a quien por Dios nos sujetemos para ser de ella regidos; y qué tal ha de ser ésta; y cómo nos habremos con ella.....	175
Capítulo 56.—En que se comienza a declarar la segunda palabra del verso, y el cómo habemos de mirar las Escrituras; y que conviene tener recogimiento en la vista corporal para ver mejor con los ojos del ánima; los cuales, cuanto más limpios de las criaturas, miran mejor a Dios.....	178
Capítulo 57.—Que lo primero que ha de mirar el hombre es a sí mismo; y de la necesidad que tenemos del «propio conocimiento», y de los males que nos vienen por falta de este conocimiento propio.....	180
Capítulo 58.—Que debemos poner diligencia en el propio conocimiento; y en qué cosas lo podremos hallar; y que conviene tener un lugar apartado donde nos recoger un rato cada día.....	185
Capítulo 59.—En que se prosigue el ejercicio para hallar el propio conocimiento; y de cómo nos habemos de aprovechar en la lección y oración.....	187
Capítulo 60.—De cuánto aprovecha para el propio conocimiento la meditación de la muerte, y del modo del meditar en lo que toca al cuerpo .....	189
Capítulo 61.—De lo que se ha de considerar en la meditación de la muerte acerca de lo que sucederá al alma, para aprovechar en el propio conocimiento.....	191
Capítulo 62.—Que el cotidiano examen de nues-	

## ÍNDICE

	Págs.
tras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento; y de otros grandes provechos que este ejercicio del examen trae; y del provecho que nos viene de las reprensiones que otros nos dan, o el Señor interiormente nos envía .....	194
Capítulo 63.—De la estimación que habemos de tener de nuestras buenas obras, para no faltar en el propio conocimiento y verdadera humildad; y del maravilloso ejemplo que Cristo nuestro Señor nos da para lo dicho.....	197
Capítulo 64.—De un provechoso ejercicio del conocimiento del ser natural que tenemos, para con él alcanzar la humildad.....	199
Capítulo 65.—Cómo ejercitarnos en el conocimiento del ser sobrenatural de gracia aprovechada para alcanzar la humildad.....	202
Capítulo 66.—En que se prosigue más en particular el sobredicho ejercicio, de que se ha tratado en el capítulo pasado.....	204
Capítulo 67.—En que se prosigue el sobredicho ejercicio; y de la grande luz que el Señor, mediante él, suele obrar en las almas, con la cual conocen la grandeza de Dios y la nada de su pequeñez.....	208
Capítulo 68.—En que se comienza a tratar de la consideración de Cristo nuestro Señor, y de los misterios de su vida y muerte; y de la mucha razón que hay para nos ejercitar en esta consideración; y de los grandes frutos que de ella nos vienen.....	210
Capítulo 69.—En que se prosigue lo dicho en el capítulo pasado, declarando de la Pasión de Cristo un lugar de los Cantares.....	214
Capítulo 70.—Que es muy importante el ejercicio de la oración, y de los grandes provechos que de ella se sacan.....	218
Capítulo 71.—Que la penitencia de los pecados es el primer paso para nos llegar a Dios, teniendo de ellos verdadero dolor y haciendo de ellos verdadera confesión y satisfacción.....	224
Capítulo 72.—Que el segundo paso para nos llegar a Dios, es el hacimiento de gracias que le debemos dar por nos haber así librado; y del	

## ÍNDICE

Págs.

modo que en esto se tendrá, mediante diversos pasos de la Pasión en diversos días.....	226
Capítulo 73.—Del modo que se ha de tener en la consideración en la vida y Pasión de nuestro Señor Jesucristo.....	223
Capítulo 74.—En que se prosigue más en particular el modo de considerar la vida de nuestro Señor Jesucristo, para que sea con más provecho .....	230
Capítulo 75.—En que se dan algunos avisos necesarios para más aprovechar con el sobre-dicho ejercicio, y evitar algunos daños que en los ignorantes pueden suceder.....	233
Capítulo 76.—Que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella; y cuál es lo primero y principio de cosas mayores que habemos de imitar.....	236
Capítulo 77.—Que la mortificación de las pasiones es lo segundo que se ha de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo; y cómo se ha de usar este ejercicio para sacar este admirable fruto.....	240
Capítulo 78.—Que lo más excelente que habemos de meditar e imitar en la Pasión del Señor, es el amor con que por nosotros se ofreció al Eterno Padre.....	244
Capítulo 79.—Del abrasado amor con que Jesucristo amaba a Dios y a los hombres por Dios; del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció; y que fué mucho más lo que padeció en lo interior.	249
Capítulo 80.—En que se prosigue la ternura del amor de Cristo para con los hombres, y lo que le causaba el interior dolor y cruz de su Corazón, que tuvo toda la vida.....	252
Capítulo 81.—De otras provechosas consideraciones que se pueden sacar de la Pasión del Señor; y de otras meditaciones que de otras cosas se pueden tener; y de algunos avisos para los que no fácilmente pueden seguir lo ya dicho .....	255
Capítulo 82.—De cuán atentamente nos <i>oye</i> y piadosamente nos <i>mira</i> el Señor, si le sabemos manifestar nuestras llagas con el dolor que se	

ÍNDICE

	Págs.
debe; y cuán pronto es a las sanar, y hacer otras muchas mercedes.....	258
Capítulo 83.—De dos amenazas de que suele Dios usar, una absoluta y otra condicional; y de dos géneros de promesas, semejantes a las amenazas; y como nos habremos cuando sucedieren .....	261
Capítulo 84.—De lo que es el hombre de su cosecha, y de los grandes bienes que tenemos por Jesucristo nuestro Señor.....	263
Capítulo 85.—De cuán fuertemente clamó Cristo y clama siempre delante del Padre en nuestro favor; y con cuánta presteza oye su Majestad los ruegos de los hombres, mediante este clamor de su Hijo, y les hace mercedes.....	268
Capítulo 86.—Del grande amor con que el Señor <i>mira</i> a los justos; y de lo mucho que desea comunicar a las criaturas, y destruir en nosotros los pecados; los cuales debemos nosotros mirar con aborrecimiento para que Dios los mire con misericordia.....	272
Capítulo 87.—De los muchos y muy grandes bienes que vienen a los hombres por <i>mirar</i> el Eterno Padre a la faz de Jesucristo su Hijo...	275
Capítulo 88.—Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no vengamos a caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es justo.....	279
Capítulo 89.—Que en los justos no queda el pecado, sino que en ellos es destruída la culpa, y quedan ellos limpios, y como tales, agradables a Dios.....	281
Capítulo 90.—Que el conceder en los justos perfecta limpieza de pecados por los merecimientos de Jesucristo, no sólo no disminuye su honra, antes la manifiesta mucho más.....	285
Capítulo 91.—Cómo se han de entender algunos lugares de la Escritura en que se dice que Jesucristo es nuestra justicia, o cosas semejantes, para mayor declaración de los capítulos precedentes .....	287
Capítulo 92.—Que debemos grandemente huir la soberbia que se suele levantar de las bue-	

ÍNDICE

Págs.

nas obras, viendo lo mucho que por ellas se merece; y de una doctrina de Cristo de que nos debemos aprovechar contra esta tentación .....	290
Capítulo 93.—Que allanado el hombre y humillado con lo ya dicho en el capítulo pasado, puede gozar de la grandeza que el Señor se dignó dar a las obras de los justos, con seguridad y hacimiento de gracias.....	294
Capítulo 94.—Que del amor que tenemos a nosotros mismos habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.....	295
Capítulo 95.—Que del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.....	296
Capítulo 96.—De otra consideración que nos enseña mucho el cómo nos habemos de haber con los prójimos.....	298
Capítulo 97.—Comiézase a tratar de la palabra del verso que dice: «Olvida tu pueblo.» Y de dos bandos que hay de hombres, buenos y malos, y de los nombres que los malos tienen, y de sus varios intentos.....	301
Capítulo 98.—Que nos conviene mucho huir de la mala ciudad de los malos, que es el mundo; y de cuán mal trata a sus ciudadanos; y del espantoso fin que todos ellos tendrán.....	304
Capítulo 99.—De la vanidad de la nobleza del linaje; y que no se deben gloriar de él los que quieren ser del linaje de Cristo.....	309
Capítulo 100.—En que comienza a declarar la otra palabra, «y olvida la casa de tu padre.» Y de cuánto nos conviene huir la propia voluntad por imitar a Cristo, y por evitar los males que de la seguir vienen.....	312
Capítulo 101.—De un ejercicio para negar la propia voluntad; y de la obediencia que se debe tener a los mayores; la cual es camino para alcanzar la abnegación de la propia voluntad; y cómo se habrá el superior con los súbditos .....	314
Capítulo 102.—Que no todo lo que deseamos o pedimos se ha de llamar propia voluntad. Y	

ÍNDICE

	Págs.
cómo conoceremos lo que el Señor quiere de nosotros .....	317
Capítulo 103.—En que se comienza a declarar la palabra que dice: «Y codiciará el Rey tu hermosura.» Y de cuán grande cosa es poner Dios su amor en el hombre. Y que no es esta hermosura la corporal; y de cuánto ésta sea peligrosa .....	318
Capítulo 104.—Que la dignidad de ser esposa de Jesucristo pide grande cuidado en todas las cosas; y del ejemplo que deben mirar en lo exterior y lo interior del ánima las que de ella quieren gozar.....	322
Capítulo 105.—Que no debe desmayar a las doncellas la grandeza del estado, porque el Esposo, que es el Señor, da lo necesario; y del consejo con que se debe tomar, y del alegría con que se debe guardar; y de los grandes bienes que en él hay.....	324
Capítulo 106.—De cuatro condiciones que se requieren para ser una cosa hermosa; y cómo al alma que está en pecado le faltan todas cuatro .....	326
Capítulo 107.—Cómo la fealdad del pecado es tan mala, que ningunas fuerzas naturales, ni Ley natural o de Escritura, bastaban a la quitar, sino Jesucristo, en cuya virtud se quitaba en todo tiempo, y daba la gracia.....	327
Capítulo 108.—Que Cristo nuestro Señor con su Sangre quita la fealdad del ánima y la hermosa; y que fué más conveniente que el Hijo se hiciese Hombre, que no el Padre, ni el Espíritu Santo; y de la grande fuerza de la Sangre de Cristo.....	329
Capítulo 109.—Que la sacra humanidad de Cristo fué figurada en la ropa del Sumo Sacerdote, y en el velo que Dios mandó hacer a Moisés; y qué era lo que David pedía cuando pidió ser rociado con hisopo para quedar limpio.	331
Capítulo 110.—De cómo Cristo disimuló todas las cuatro condiciones de la hermosura por nos hacer hermosos; para lo cual se declara un lugar de Isaías.....	333
Capítulo 111.—De las muchas y grandes mara-	

## ÍNDICE

Págs.

---

villas que sacó el Señor de los mayores males que los hombres han hecho en matar a Cristo: y de la diversa operación que esta palabra: «Mirad a este hombre», ha obrado en el mundo, dicha de Pilato y predicada de los Apóstoles.....	337
Capítulo 112.—De cuanta razón es que nosotros miremos a este hombre, Cristo con los ojos que lo miraron muchos de aquellos a quien lo predicaron los Apóstoles, para quedar hermosos; la cual hermosura se nos da por su gracia y no por nuestros merecimientos.....	341
Capítulo 113.—En que se prosigue el modo como habemos de mirar a Cristo, y cómo en Él todo cuanto hay es hermoso; y que lo que en el Señor parece feo a los ojos de la carne, como son tormentos y trabajos, es grande hermosura .....	344